11(450-25
p1

I. K. NAUMOV

Como los Obreros Asaltaron el Poder

(Jornadas de Octubre)

VARIOS
6 p.

EDITORIAL CULTURA
SANTIAGO DE CHI

Libros de Política y Sociología

TITULOS PUBLICADOS

N.o 1 **El Plan Quinquenal de los Soviets**, por J. Stalin (Agotado).

N.o 2 **Los Fundamentos del Marxismo, Manifiesto Comunista, Capital y Trabajo**, por Marx y Engels. (Agotado).

N.o 3 **¿Qué es el Comunismo?**, por Federico Engels. (Agotado).

N.o 4 **El Marxismo. La Doctrina Económica de** Marx, por Lenín. (Agotado).

N.o 5 **Los Credos Libertadores. Síntesis de la Historia** doctrina, programa y tendencias del Socialismo, Comunismo, Sindicalismo, Anarquismo, etc., por Juan B. Bergúa. (Agotado).

N.o 7 **La Psicología de las Multitudes**, por el Dr. Gustavo Le Bon (Agotado).

N.o 8 **Solución de Todos los Problemas Sociales por el Socialismo**, por Luciano Desliniere. (Agotado).

N.o 9 **Socialismo, Inteligencia, Civilidad**, por el Dr. Gregorio Marañón. (Agotado).

N.o 10 **Socialismo Utópico y Socialismo Científico**, por Federico Engels. (Agotado).

N.o 11 **Rusia Actual y Futura**, por Jorge Fr. Nicolai . . . . . $ 0.80

N.o 12 **El Fracaso del Plan Quinquenal**, por León Trotsky 1.20

N.o 13 **Pan, Techo y Trabajo**, por S. Prieto Méndez de la Rúa 1.20

N.o 14 **Cómo los Obreros Asaltaron el Poder**, por I. K. Naumov . . . . . 2.—

Solicite todos estos libros a

LIBRERIA "CULTURA"

Huérfanos 1165 — Teléfono 81201 — Casilla 4130

SANTIAGO DE CHILE

COMO LOS OBREROS ASALTARON EL PODER

Distribuidor exclusivo para Chile:

LIBRERIA "CULTURA"

Huérfanos 1103 - Casilla 4130 - Teléfono 81201

Santiago de Chile

LIBROS DE POLITICA Y SOCIOLOGIA
N.o 14

I. K. NAUMOV

Como los Obreros ASALTARON EL PODER

(Jornadas de Octubre)

EDITORIAL "CULTURA"
SANTIAGO DE CHILE
1935

NOTA PRELIMINAR

Este libro completa la visión de la Revolución de Octubre. El gran libro de John Reed describe el gran panorama del levantamiento de octubre. Este pequeño libro de Naumov lo completa admirablemente. Aquí está reflejada la acción directa y el heroísmo de los obreros de Leningrado. Las descripciones de Naumov, descripciones de hechos vividos, demuestran la intensidad del gran movimiento revolucionario desde el punto de vista del pueblo, de la masa proletaria, y ayudan eficazmente a conocer la intimidad del gran acontecimiento histórico.

PREFACIO

Hace algún tiempo me encontré con uno de mis mejores amigos de Wyboy. Nuestra alegría fué viva y tan efervescente, que algunos transeúntes, asombrados, aflojaron involuntariamente el paso.

—¿Pero todavía vives? ¿De dónde has salido? — exclamé yo.

—¿Tú? ¡Aquí! ¡Cómo estás! — me gritó con mayor fuerza Udaroff, a guisa de saludo.

—Me va bastante bien. Hace seis años que me marché. ¿Qué pasa por Leningrado?

—Ya lo ves, a maravilla. ¿Y tú, de dónde vienes?

—De muy lejos, de Siberia. Casi del más allá.

Udaroff se interrumpió de pronto, me cogió la mano y en sus ojos brilló la alegría de nuestro encuentro. Pasaron varios minutos antes de que los dos pudiéramos dominar nuestras emociones. Vibrábamos de deseos de contarnos nuestras impresiones y de preguntarnos muchas cosas.

Continuamos el camino juntos. Hablamos sin descanso, cada uno por su lado y saltando de tema en tema. Hablando sin fin, habíamos pasado revista a infinidad de asuntos. Se habían realizado tantos acontecimientos ante nuestros ojos, habíamos vivido tantas cosas nuevas, que era imposible contarlas todas de un golpe.

Vagamos todavía un rato por las calles y luego nos fuimos a mi casa, donde permanecimos sentados y charlando hasta la media noche, contándonos nuestras vidas de los últimos años y sin llegar a agotar el tema. Este encuentro con mi amigo me hizo entrever el camino que habíamos recorrido desde las jornadas de Octubre. En siete años la revolución proletaria había logrado un éxito, que nosotros no podíamos prever.

Durante siete años habíamos ido subiendo una montaña, con la mirada fija en la cima. Sólo de cuando en cuando habíamos lanzado una fugaz mirada al pasado. Ahora uno de nuestros camaradas se detuviera a mirar atrás le parecería verlo desde una cumbre, aún los mismos acontecimientos gigantescos de la Revolución de Octubre. ¿Qué idea se pueden formar, por tanto, de ella los que no tomaron parte en los acontecimientos, los jóvenes obreros, los trabajadores del mundo entero? Agregad a esto lo que más de un camarada vió los acontecimientos de aquellos días, desde un punto de vista falso, y se equivocó al juzgar la actitud de éste o el otro de los dirigentes bolcheviques.

El encuentro con mi amigo me decidió a coger la pluma, aunque esta vez no me haga la ilusión de que yo pueda esclarecer completamente las jornadas de Octubre. Después de siete años, hasta los hombres más ciegos de odio como Savinkoff y otros social-revolucionarios y mencheviques, se ven obligados a reconocer la grandeza y la importancia de la Revolución de Octubre. Hasta los académicos blancos y los profesores la reconocen ahora.

Esclarecer completamente las fases de la Revolución de Octubre es una obra superior a las fuerzas de un hombre solo. Pero, ¿qué es lo que hace la grandeza del levantamiento de Octubre? La decisión, la bravura, el sentido de organización de la clase obrera, testimoniados por sus grupos de vanguardia.

Cientos, millares de trabajadores inclinaron con su peso la balanza el 25 de octubre de 1917. Fué la acción de ellos la que entregó el Poder al proletariado.

Yo me he impuesto la misión de contar lo que ha vivido uno de los combatientes de Octubre. Uno de esos héroes pequeños que decidieron la suerte de la revolución. Es un hombre que yo conozco bien y cuyas aventuras he mismo las he vivido con toda el alma.

Es en este sentido que deberá leerse este libro.

I. K. Naumov.

LA TEMPESTAD EN MARCHA

Otoño en Petrogrado. Se hunde uno en un barro increíble. El cielo está sombrío. Llueve continuamente.

El obrero Udaroff se ciñe su pobre gabán, tan ligero, y se apresura a atravesar el barro hasta la parada del tranvía de Lesnoi. Su ánimo está tan triste como todo lo que le rodea en aquel húmedo día de otoño. En su casa reina la negra miseria. Su mujer está enferma; su pequeño, que debía ir a la escuela, no tiene zapatos. Además de todo esto, hace ya dos semanas que no trabaja, y como última ganancia le dieron por su jornada una suma ridícula.

"¿Que ya no trabaja?" Los pensamientos de Udaroff han tomado, de pronto, otro curso. Se acuerda de la asamblea de ayer y de sus últimas decisiones. Se pone a reflexionar sobre lo acordado en el Consejo de la fábrica. Su mujer, los zapatos, su jornal, todo eso se lo ha llevado el viento bien lejos. El sigue caminando, abismado en sus pensamientos, pequeño, flaco, con sus cabellos rubios que le salen de la gorra de cuero.

"Nunca llegarán a reunir una mayoría — piensa —. La fundición viene con nosotros. En el segundo taller de mecánica trabajan muchos mencheviques, pero todos son unos canallas notorios. Al final de cuentas, yo solo me bastaré para dominarlos..."

—Buenos días. ¿Vas a tomar el tranvía?

—Sí; vamos juntos — contesta Udaroff, maquinalmente.

Es un obrero de su fábrica, que ha salido al encuentro de Udaroff. Vivo y decidido, vestido muy ligeramente, con el gabán abierto, pasa por delante y se lleva a Udaroff.

—Bueno, ¿y qué hay de nuevo? ¿Es cierto que nos quieren mandar al Sur? ¡No hay que ceder, muchachos!

El obrero siguió charlando de esto y de lo otro.
—Nos presionan diciéndonos que allí estaremos ma
cerca del combustible. El Consejo resiste bien; pero es
canallas de mencheviques ceden... Y en vuestro taller, po
ejemplo, hay bastantes de esos perros...
—Déjalo, nadie les escucha...
Habían llegado a la estación. Allí estaba reunida mu
cha gente, esperando el tranvía. Les saludaron. Un vec
no se acercó a Udaroff.
—¡Buenos días, Alexis! Oye, ¿cómo hacemos con la
leña, la compramos juntos?
Udaroff recibió la pregunta como un golpe en pleno
corazón. Su mujer ,el pequeño, sin dinero. Se calló.
—Si esperamos, se pondrá más cara todavía. Dat
cuenta. Ya estamos a punto de coser nuestro sudario u
hambre. Ayer, mi vieja no pudo conseguir pan. Felizmen
te, tu María pudo cederla media libra. Y más tarde, toda
vía será más difícil proveerse de alimentos...
—Bueno... Mañana veremos... Ya está aquí el tran
vía — interrumpió Udaroff.
—Una vida de perros — gruñó a media voz, saltando
al tranvía.
Alrededor de él todos tienen el mismo estado de ánimo. La miseria de los suyos pesa sobre su alma. Y, por otro lado, la lucha política que se ha encendido en la fábrica, le ata durante el día, completamente absorbido por las idas y venidas a la fábrica, se olvidaba de su punzante pobreza o, por lo menos, la veía de otra manera. Pero cuando regresaba a su casa, se quedaba abrumado, sin saber qué decir, y sentía dolorosamente la desdicha que pesaba sobre los suyos.
Al encontrarse con sus compañeros de trabajo, su pensamiento había vuelto a ocuparse con la fábrica y en la lucha que se libraba dentro de ella, y sintió que había ganado nuevas fuerzas y nueva energía. Sin embargo, la conversación que había tenido con su vecino le oprimía el corazón dolorosamente.
En los oídos de Udaroff sonaban palabras "¡Vete al diablo con su defensa por la revolución! ¿Por quién lucháis vosotros? ... ¡Hay que publicar todos los Tratados se-

tos!... Ya estamos hartos de sus discursos... A ver si eso llega a oído de los alemanes...

—No interrumpas, hombre — dijo otra voz —. Comprende que si los alemanes viniesen, Nicolás volvería a subir al trono...

—¡Y vendrán! — contestó a gritos el primero —. Continuad sosteniendo a vuestros partidarios de una transacción, y sus generales entregarán Petrogrado por nada. ¡Eso es todo lo que quieren... ésos!

—...¡Eso es demagogia!

—¿Y la rendición de Riga? ¿Y el alejamiento de las tropas de Petrogrado? ¿Y lo que se dice sobre el proyecto de trasladar el Gobierno a Moscú? ¿Y el traslado de las fábricas? ¿Es que, según tú, todo eso no es una traición a Petrogrado? De-ma-go-gia...

—¡Muy bien! — gritaron los que le rodeaban.

—No hacen más que engañarnos. Cuanto más tarden, más duro será — intervino otro —; ¡lo que quieren hacer tan bien, que se proponen cogernos a todos, los perros esos!

—¿Tú crees que los bolcheviques nos sacarán de esto?

—Ya veremos; eso depende mucho de nosotros mismos.

Udaroff estaba sentado sobre carbones encendidos. Todo le impulsaba a gritar, para que le oyera todo el tranvía: "Ese social-revolucionario copia a sus jefes como un verdadero papagayo. Nuestros camaradas piensan bien; es ya tiempo de actuar".

—¿Por qué esperar más? En la duma de radio no hay más que bolcheviques, y ¿qué es lo que han hecho? — continuó el social-revolucionario.

—¿Y quién les sabotea? — le respondieron los demás.

El social-revolucionario se calló, pasmado, y se contentó con gruñir en voz baja.

—Te callas, ¿verdad? Los burgueses os sostienen, y haría falta que la duma de radio estuviera mirando a la luna.

—¡Hola, los gallos de pelea! Dejad paso, que ya hemos llegado.

Los trabajadores se apearon del tranvía. La discusión continuó por el camino y duró, muy animada, hasta que llegaron a la fábrica.

Uradoff se quitó rápidamente el gabán, lo colgó de un clavo, se puso la blusa de trabajo y se dirigió directamente al Consejo de la fábrica, sin pasar por su trabajo.

El Consejo se reunía en una sala muy pequeña, azul por el humo de los cigarrillos. En un rincón sonaba la máquina de escribir. Había unos trece hombres reunidos que discutían haciendo mucho ruido.

—Yo he contestado — declaró el presidente — que en principio, no nos oponíamos.

—¿Cómo que no nos oponemos? ¿Con qué derecho les has contestado eso? . . .

—¡Silencio! ¡Esperad! Nosotros no nos oponemos a lo dicho; pero exigimos garantías para que los trabajadores no sufran y queremos que una delegación de los nuestros vaya al Sur, para darse cuenta, sobre el terreno, de la verdadera situación. Hasta que no se haya llevado a cabo esto, no daremos nuestra respuesta definitiva.

—¡Tu punto de vista es equivocado! — gritaron los otros.

—Bueno; pues vamos a discutirlo. ¿Para qué tanto ruido? ¡Stepanoff, tú tienes la palabra!

—¡Que se vaya al diablo, ése! ¡Ya sabemos de memoria lo que nos cuentan los mencheviques! — protestó toda la asamblea.

—¡Silencio! ¡Silencio! Esto no puede seguir así. Stepanoff es miembro del Consejo de administración lo mismo que vosotros. ¡Silencio!

—Nosotros creemos que quienes se niegan a dejarse, en principio, a favor de la evacuación de las fábricas son gentes sin conciencia e irresponsables — dijo Stepanoff.

—Que sigan hablando tranquilamente; pero nosotros no les escuchamos — exclamó uno.

—Sí; irresponsables, y nosotros opinamos que se debe elegir delegados con plenos poderes que enviaremos a la Administración para discutir con ella.

—¡Dame la palabra! — gritó Udaroff.

—¡Bien; habla!

—Camaradas, Grigorieff ha cometido un error — comenzó a decir Udaroff con energía —. En principio, nosotros nos oponemos a la evacuación de las fábricas hacia el Sur. El Gobierno quiere debilitar Petrogrado, dispersar nuestras fuerzas. Nosotros no debemos permitirlo. ¿Lo habéis olvidado ya? Poco después del 5 de julio se nos quiso obligar a una evacuación parcial de las fábricas, pero nosotros lo impedimos. ¿Por qué no comprende Grigorieff la importancia de esto? No asistió ayer a la asamblea distrital y, por consiguiente, no sabe que nosotros ya no podemos ocuparnos de estas cosas. Lo que ahora tenemos que hacer es reunir todas nuestras fuerzas, reforzar la guardia roja, acabar definitivamente con esos señores mencheviques y social-revolucionarios, y afirmar el estado de espíritu de los obreros; eso es de lo que debe ocuparse exclusivamente el Comité de fábrica, y no podemos perder un tiempo precioso en vanas palabras sobre la evacuación.

Los asistentes al Consejo de fábrica se callaron y escucharon, angustiados, cada una de las palabras pronunciadas por Udaroff. Este habló de la traición del Gobierno, de una posible capitulación de Petrogrado, y explicó que ayer, por un voto, en el Soviet, los bolcheviques habían obtenido mayoría; que Petrogrado ya no tenía víveres más que para tres o cuatro días; que en el frente los soldados se negaban a batirse más, y que también los campesinos estaban contra el Gobierno.

—Ved, camaradas — concluyó Udaroff —. Este es un momento formidable para echar abajo el Gobierno y dar el Poder a los Soviets.

Después de este discurso de Udaroff reinó todavía más animación en la asamblea. Todos hablaron y todos estaban de acuerdo con Udaroff.

Grigorieff tomó la palabra para concluir

—Camaradas, como estamos viviendo días extraordinarios, yo propongo nombrar al camarada Udaroff presidente de nuestro Consejo de fábrica. Yo valgo mejor para batirme y me voy a enrolar en la Guardia roja. Esto será mejor para mí y para todo el mundo.

—Sí, eso es mejor; para la Guardia roja, tú eres uno

de los mejores. Pero Udaroff es mejor político, no se [illegible] ja convencer.

De esta manera inesperada, Udaroff fué colocado a la cabeza de la organización de la fábrica. El Consejo de fábrica decidió, bajo su presidencia:

1) Contestar a la administración de la fábrica que el Consejo de la misma consideraba imposible debilitar la fábrica con una evacuación hacia el Sur, y que se negaba a continuar las negociaciones sobre este asunto.

2) Convocar una asamblea general de obreros, al final del trabajo, para hacerse una idea exacta de la situación actual y llamar a un directivo del Comité del centro a informar.

3) Ejercitar a los obreros que acababan de ingresar en la Guardia roja y, para esto, licenciarlos media hora antes de acabar el trabajo.

4) Hacer un recuento exacto de las armas existentes.

Después de la reunión, Udaroff envió en seguida un camarada al Comité distrital del Partido.

—Cuéntales todo; diles que nos envíen un orador sólido y que nos den instrucciones.

* * *

Mientras se celebraba la reunión, se había agrupado mucha gente en el pasillo Todos tenían alguna historia que liquidar con el Comité de fábrica.

Entró una mujer vieja, quejándose del contramaestre:

—¿Qué significa esto? Ya debíamos haber salido de la antigua época; pero él sigue dando vueltas alrededor de las muchachas. A ellas les da todo el trabajo fácil, y en cuanto a nosotros, que perezcamos...

—Al fin, de quien hablas — interrumpió Udaroff —, ¿se ha hecho alguno injusticia?

—¡Pues claro que sí! Nuestro contramaestre y Afanasieff nos ha tomado manía a Arodotia y a mí. Nos agota hasta la muerte, mientras que las otras apenas necesitan trabajar.

—Bueno, pues, yo aclararé ese asunto.

—Que vaya a buscar placer afuera, si quiere —gruñó la vieja, alejándose —. Aquí, en la fábrica, todos somos iguales.

Un obrero la siguió en turno.

—Vengo a pedirte consejo, camarada — empezó —. En nuestra casa los obreros están obligados a vivir en una cueva húmeda donde los chiquillos se enferman. En el cuarto de arriba vive la mujer de un oficial que ocupa cinco piezas ella sola. En el otro vive un abogado con su mujer, que necesitan siete piezas para los dos. Nosotros hemos hecho un escándalo y les hemos dicho: "Reducíos un poquito". Ellos se han reído de nosotros. Hemos ido a la Policía; pero la Policía está con ellos. ¿Es esto justo?

—No, no es justo. Pero, por el momento, nada podemos hacer. — Udaroff se calló un momento y añadió después: — Ten paciencia, hermano. Pronto les echaremos. Entonces tú podrás pedirles cuentas a todos esos parásitos y a la misma Policía.

El obrero miró rectamente a las ojos de Udaroff, guardó silencio un instante y respondió muy serio:

—Comprendo.

Los obreros, que al principio entraban uno a uno en la habitación, se reunieron en ella. El uno pedía un certificado que quería enviar a su pueblo natal. Allí, decía, iban a repartir la tierra, y él necesitaba obtener la parte de su familia. Otro obrero maldecía de los comerciantes.

—Mi chiquillo está malo, y esos perros suben el precio de la leche. ¿Es que realmente no hay ningún recurso contra ellos?

Un viejo cerrajero se dedicaba a usar todas las fuerzas de su cuerpo al protestar contra las tarifas establecidas para los trabajos de reparación.

Un joven todo tímido que, por no sé qué razón, siempre enrojecía hasta detrás de las orejas, pedía un billete para asistir a los cursos nocturnos. Otro pedía, muy irritado, que se le admitiese en el partido, y probaba con calor que era digno de entrar en él.

Por todas partes iba y venía la gente, acalorada. Udaroff se había retirado hacía tiempo de la mesa, contestaba a docenas de preguntas, explicaba. Otro miembro del Con-

sejo de fábrica estaba allí para ayudarle. Esta "recepción" duró hasta el mediodía. Y, a pesar del ir y venir, el trabajo avanzaba de una manera intensa. Se daban certificados, se extendían notas. Se inscribía a muchos hombres en la Guardia roja, y muchos otros se hicieron miembros del Partido bolchevique.

* * *

Durante el descanso del mediodía, Udaroff fué a su taller. Tenía que terminar su trabajo, buscar su ropa y comunicar al contramaestre que, en lo sucesivo, ya no trabajaría.

En el taller las máquinas estaban paradas. Como siempre, a estas horas reinaba el silencio. Pero aquel día había ruidos de voces, se hablaba, se discutía. Los acontecimientos del día habían llenado de efervescencia a los obreros. Todos estaban excitados. Como si todos hubieran renovado su vida.

* * *

Quien haya presenciado una reunión de fábrica en aquella época no ha olvidado fácilmente la profunda impresión que producía en todos.

La reunión en cuestión era una de esas reuniones que sacuden. Había reunidos casi cuatro mil hombres. Alrededor de ellos, las máquinas, los bancos, las grúas. Por tribuna al **hall**, no se veía un auditorio sentado y lleno de dignidad, ni tampoco un público ligero y ardiente; se veía una asamblea de verdaderos partidarios activos, que habían cogido sitio de cualquier manera, los unos de pie, los otros medio tumbados. Había obreros hasta en el más pequeño rincón. Daba la impresión de que el gran taller estaba atestado hasta el techo.

La reunión no ha empezado aún. Todo zumba y gruñe como una inmensa colmena.

De pronto estalla un grito de entre los asistentes:

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen!

Y en efecto, Udaroff y dos extraños suben a la tribuna. La masa de obreros se mueve, haciendo gran ruido; cada uno se acerca lo que puede a la tribuna. Pero en seguida se hace un profundo silencio.

Udaroff abrió la reunión y propuso el nombramiento de un presidente.

—¡Udaroff! ¡Petroff! ¡Krasilnikoff! ¡Andreieff! — gritaron miles de voces —. ¡Udaroff! ¡Krasilnikoff! ¡Grigorieff!

El estruendo duró dos minutos. Por fin se eligió a Udaroff. Se decidió tratar dos cuestiones: la situación actual y las tarifas.

El orador es un muchacho de no más de veintitrés años. Trabaja en una de las grandes fábricas del muelle Wyborg. Es un miembro del Comité de Petrogrado de los bolcheviques. Habla con un acento poderoso, y a los cinco minutos toda la asamblea está pendiente de sus palabras.

—Se ha intentado frecuentemente debilitar nuestro partido — clama la voz potente del joven —. Nuestros jefes han sido encarcelados, el Gobierno de Kerensky gobierna sin ningún control. Pero todos esos señores han olvidado que existe una clase obrera, decidida a no dejarse engañar por más tiempo, y que existen los campesinos que no quieren soportar eternamente la opresión y las vejaciones, y que existe, en fin, un ejército que no quiere seguir derramando su sangre para servir los intereses de la burguesía. Engreídos por sus triunfos efímeros, los social-revolucionarios y los mencheviques se han inclinado del lado de aquellos que les han llevado al Poder y se han olvidado de los obreros y campesinos. Toda la atención de esos señores se concreta en las negociaciones con Korniloff y los generales blancos. Quieren, como ellos dicen, hacer "la unión de todas las fuerzas vivas del país". En la fuerza de los obreros, en la fuerza de los soldados, no han creído jamás aquellos señores, y hoy todavía no creen en ella. Pues bien: nosotros queremos hacerles ver dónde está la verdadera fuerza.

Un tumulto de frenéticos aplausos estimuló al orador.

—Camaradas: Todo tiene fin, hasta nuestra paciencia.

Ahora está ya agotada. ¿Cómo vivimos nosotros? El ham
bre es el huésped perpetuo de nuestros hogares. Nuestros
salarios son insuficientes. Sin embargo, ésta no es la más
grande desventura. Ya hemos tenido tiempo de acostum
brarnos a ella. Lo peor es lo que está todavía invisible.
Nos amenazan nuevos males: la destrucción completa de las
fábricas. Quieren enviarnos al Sur. Pensad que nos vamos
a encontrar sin trabajo. La traición del Gobierno se ras
ga delante de nosotros. Apuesto mi cabeza que el Gobier
no quiere acabar con Petrogrado. ¿Cómo interpretar de
otro modo la noticia, publicada en los diarios de hoy, de
que el Gobierno tiene la intención de refugiarse en Mosc
Todavía no se advierte el fin de la guerra, y sin duda el
Gobierno tiene la intención de hacer pasar a los soldados
un invierno más en las trincheras. Y ahora yo pregunto
aquellos de vosotros cuyos padres, hermanos o maridos es
tán en el frente: ¿Vais a tolerar que por amor a la bur
guesía nuestros hermanos los soldados se hielen en las trin
cheras! Nosotros los bolcheviques no lo consentiremos. Si
los burgueses quieren batirse, es a ellos a quienes Kerenski
debe enviar a las trincheras.

Una nueva tempestad de aplausos estalló en la sala.
Los obreros estaban electrizados. Sus ojos brillaban
como si fueran luminosos.

—Quieren consolarnos con la Asamblea Constituyente.
Nos dicen que ella lo va a resolver todo. Pero, ¿quién
aplaza cada día su convocatoria? ¿Quién convoca en su
lugar un día una conferencia democrática, otro un prepar
lamento o, como decimos nosotros, una trapisonda?

La asamblea rió bulliciosamente.

—¿Quién hace todo esto? Precisamente los señores
social-revolucionarios y mencheviques. Ellos son quienes
nos mienten y nos engañan y de quienes no podemos es
perar nada en el futuro.

El orador comenzó a exponer la posición de los bol
cheviques: paz inmediata, reparto inmediato de la tierra en
tre los campesinos, introducción inmediata de un contro
efectivo sobre la producción.

Todo esto percutía intensamente en el auditorio. Y el
orador terminó, inflamado:

—Nosotros lo hemos probado todo, conocemos todas las rutas. Nuestros enemigos se desenmascaran. La revolución está al borde del abismo. Camaradas: ¡El único remedio es entregar el Poder a los Soviets; nuestro solo objetivo debe ser derrocar a la burguesía. Nosotros gritamos: ¡Abajo el capitalismo! ¡Abajo los traidores! ¡Todo el poder a los Soviets de obreros, de campesinos y de soldados!

El orador había terminado. Un silencio profundo se extendió un instante sobre el auditorio. Después estalló una tempestad de aplausos que hizo temblar la sala.

Un social-revolucionario tomó la palabra. Llevaba gabán y parecía bastante angustiado.

—¡Abajo! — le gritaron los obreros —. ¡Márchate con los burgueses! ¡Abajo!

La efervescencia fué enorme.

Udaroff calmó los ánimos y le concedió la palabra al social-revolucionario. Pero apenas el orador comenzó a decir: "El preparlamento es el medio de sacar al país del conflicto en que se encuentra, mientras lo que quieren los bolcheviques es dar un golpe de Estado...", los obreros comenzaron a gritar como locos.

Se produjo un tumulto indescriptible. El social-revolucionario no pudo continuar hablando.

Después subió a la tribuna un menchevique. Era un obrero. La asamblea continuó gritando; pero al fin le dejó hablar.

El menchevique inició el tema desde muy lejos. Comenzó por gritar contra el Gobierno y por condenar la guerra. Los obreros le escucharon en silencio, fumando sus pipas y esperando lo que iba a decir. Pero él continuó divagando infatigablemente.

—¡A los hechos! ¡Al grano! — le gritaron de las filas más distantes.

—¡No divagues! — le gritaron otros.

—¿Qué propones tú?

—Nosotros proponemos apresurar la convocatoria de la Asamblea Constituyente y no...

—¿A quién le propones eso?

—¿A quién? ... ¡Pues al Gobierno!

—¡Bribón! — dijo alguien a media voz, pero lo suficientemente alto para que se oyera en toda la sala.

Las risas y los bravos repercutieron por todas partes. El menchevique comprendió que era tiempo de terminar y descendió de la tribuna sin haber conseguido ni un aplauso ni un signo de aprobación.

Grigorieff tomó la palabra después de él.

—Camaradas — gritó —, no se trata solamente de discutir. Necesitamos reforzar nuestra Guardia roja. Todos los que habéis sido soldados, y los otros también, debéis enrolaros en nuestra Guardia roja. Podéis hacerlo fácilmente en el Comité de fábrica. Nosotros le demostraremos a la burguesía lo que somos. He terminado.

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Muy bien!

La reunión se hacía ya demasiado larga. Siete hombres habían hablado y ni un solo obrero se había retirado de la sala, salvo algunas mujeres que necesitaban regresar a sus casas. La asamblea adoptó una resolución de combate: por unanimidad acordó declarar el Poder de los Soviets. La segunda cuestión, la de las tarifas, se postergó para la reunión del siguiente día.

* * *

Udaroff no sentía aquel momento ni el hambre ni la fatiga. Estaba, por tanto, del mejor humor. Se sentía tan lleno de fuerza, tan poderoso por él mismo, que se habría lanzado solo si alguien se lo hubiese mandado, contra un regimiento de contrarrevolucionarios, sin medir el peligro.

Como no quería regresar a casa, le encargó a un vecino de advertírselo a su compañera. Salió de la asamblea y se dirigió directamente al Consejo de fábrica. A pesar de la hora avanzada, aún había muchos concurrentes. En un rincón del pasillo, Grigorieff y otro obrero desmontaban una ametralladora.

—¿Tenéis un poco de té y algo de comer? — preguntó Udaroff.

—En seguida vamos a ir a buscarlo juntos — respondió un muchacho —. Tenemos té. Vamos a ir por azúcar.

Yo sé dónde podemos encontrar pan. Quiero ir inmediatamente a buscar unos arenques. ¿Hace falta que traiga cigarrillos?

Rápidamente se reunió el dinero necesario para enviar al muchacho por provisiones. Un obrero regresó al taller a buscar agua hervida para el té.

Udaroff se puso a examinar la literatura que habían enviado del Comité de radio. Escogió algunos folletos, revisó otros y comenzó a leer los periódicos, mientras le traían el té. Tomando el té, Grigorieff se puso a contar las escenas del frente, de donde hacía poco había regresado.

—Mal asunto es la guerra. Se olvida uno de todo. Se olvida uno hasta de que es hombre. ¿Qué no he vivido yo? ¡Bah! En fin de cuentas, puede que sea para mejor. Cuanto peor sea, mejor será. ¡Que todo eso se lo lleve el diablo!

El guardia de servicio metió su nariz por la puerta.

—Todo está en orden en los talleres. Quisiera preguntaros qué hay de nuevo. Buenos días.

—Hay muchas cosas buenas. Hay que vamos a hartirnos — murmuró Grigorieff.

—Bien. ¿Cuáles son nuestras relaciones con la guarnición? ¿Cuántos miembros de ella hay ya en el partido? ¿Lo sabes tú, Udaroff?

—Nuestras relaciones con la guarnición son excelentes. Lo he oído decir en el Comité de radio. El estado de ánimo de las tropas es magnífico. Si no fuera así, el Gobierno no intentaría retirarlas. Sólo en Petrogrado tenemos unos cuarenta mil miembros del partido. En el barrio de Wyborg, unos siete mil; al otro lado del puerto del Neva, unos cuantos miles, y en la isla Vassilieff son también siete mil. Para comenzar es suficiente — terminó Udaroff, sorbiendo su humeante taza de té.

—¿Y en las provincias?

—Allí somos mucho más débiles. En Moscú no estamos mal, ni en el Ural. Creo que lo mismo en la región de Bakú. En otras partes somos más bien débiles. Pero en realidad no estamos mal.

—Siempre que los campesinos no nos jueguen una mala partida — advirtió alguien.

—No debían hacerlo. Ya no queda nadie en las ai-
deas. Jóvenes y viejos han sido llevados al frente, y el
frente está íntegro con nosotros.
Se callaron. Como si cada uno se hubiera puesto a
repasar en silencio las fuerzas de que disponían.
—Pero, ¿dónde está Lenin? — preguntó un joven
obrero.
—No sé nada — respondió Udaroff —. Pero segura-
mente estamos en contacto con él, puesto que escribe en
los periódicos.
—Es claro — dijo Udaroff riendo —. Firma Karpoff.
—¡Ah, ah! ¿Lo ves? — dijeron los otros.

* * *

La reunión duró hasta bien avanzada la noche.
Grigoriefi y el joven camarada regresaron a casa. El
guardia y los otros se eclipsaron poco a poco. Udaroff y el
miembro del Consejo de fábrica de servicio arreglaron una
cama sobre las mesas. Hicieron almohadas de papel, fuma-
ron y charlaron un rato y terminaron quedándose en silen-
cio.

El Consejo de fábrica celebró sesión a primera hora de
la mañana. En los talleres, los obreros cambiaban impre-
siones sobre la reunión de la víspera. Todos estaban muy
animados.

—Por poco le he abierto esta mañana la panza a un
burgués — contaba un muchacho obrero cuya apariencia da-
ba la impresión de un hombre tranquilo —. El bestia ese
decía que era necesario tener bien sujetas las riendas de la
democracia, pues los obreros están muy audaces. ¿Qué ha-
ce la fuerza de los bolcheviques? Sólo nuestra irresolución
— decía —. ¿Qué hace Kerensky? Divaga y no hace nada.
Nosotros necesitamos un hombre de acción. ¿De qué ac-
ción — le pregunté yo —. Me miró de pies a cabeza y me
respondió: "la guerra".
—Eso es lo que quieren aquellos perros.
En un rincón la charla se deslizaba sobre otros temas.
—Mi cuñado ha regresado ayer del frente, y él tam-

luntariamente. Y eso va a continuar. Quieren entregar a Petrogrado de la misma manera. Los soldados no tienen zapatos. ¿Es posible que todavía se quiera hacer así la guerra?

Los sobrestantes pasaban y repasaban, inquietos. Un ingeniero salió de los talleres, se metió en su oficina y no reapareció más.

Después de la sesión del Consejo de fábrica, Udaroff, recorrió los talleres. Los obreros estaban en un estado de ánimo verdaderamente explosivo. La menor chispa podía hacerlo estallar.

—Es necesario que ayude al Comité de radio — se dijo Udaroff.

Las calles estaban más animadas que otras veces. Las gentes hablaban en voz alta de camino. Los diarios se agotaban apenas salían. Todo el mundo los leía en la calle. Los grupos que se formaban alrededor de los vendedores de periódicos parecían pequeños mitines. En todos los grupos se discutía acaloradamente. Al pasar por delante de un grupo, Udaroff oyó decir:

—Será necesario degollar a todos esos sagrados burgueses.

A pesar de la hora matinal, el Comité de radio estaba ya bastante animado. La escalera y la sala eran un continuo entrar y salir de gente. Unos traían los periódicos, otros folletos. Algunas parejas discutían animadamente. Otros estaban solos, perdidos en su silencio.

Las salas del Comité de radio eran muy pequeñas y reinaba en ellas el más grande desorden. Por todas partes se veían periódicos, folletos apilados. El aire estaba impregnado del humo de los cigarrillos. Por todas partes se producían conversaciones animadas y en voz alta.

Udaroff se abrió camino en la concurrencia y se dirigió directamente al despacho del secretario, una pequeña habitación a un lado del local. Aquí se estaba un poco más tranquilo, y, a pesar de la miseria de los muebles que habían amontonado allí, una silla rota, una sofá lleno de huecos y que enseñaba sus resortes, una silla de cuero al lado de una cocina, el desorden era mucho menor.

El "Tío" y su secretaria Jenny estaban sentados este

la mesa. El "Tío" era un hombre fuerte, en la plenitud de sus fuerzas, con la barba cerrada. Jenny, su secretaria, una chica de veinticinco años, revisaba los documentos de un legajo.

—¡Se puede! — preguntó Udaroff.

—Naturalmente, naturalmente — le respondieron —. Cuéntanos cómo va eso. ¿Es cierto que todo marcha a maravilla!

Udaroff contó detalladamente lo que había ocurrido, respondió a las preguntas y preguntó a su vez.

—Todo eso es verdaderamente extraordinario y alentador.

—Bueno, es preciso que me marche.

—Espera un poco, Udaroff — le dijo el "Tío" palmeándole el hombro.

Y fué hasta la puerta, permaneció un instante en silencio y luego dijo:

—No, aquello está verdaderamente bien. La tempestad se acerca. Ya se oyen los truenos. Los obreros están en todas partes unidos y resueltos. Jenny, enséñale las cartas de Ilitch. Llegan precisamente a la hora justa.

Jenny guardó sus papeles en el cajón de la mesa.

—Escucha, Udaroff, pero es necesario que no digas una sola palabra de esto. Hace un momento hemos recibido una carta de Ilitch para el Comité central. Nosotros estamos en contacto con él. Está escondido, no muy lejos de aquí. Nosotros hemos leído la carta y nos hemos quedado sorprendidos. Parece que Ilitch ha propuesto, hace tiempo ya, al Comité central la cuestión del levantamiento. El Comité de Petrogrado está íntegramente con Lenín y le ha pedido al Comité central que dé su opinión sobre eso. La mayoría del Comité central se ha pronunciado por que pasemos en seguida a la lucha. El asunto está en deliberación. Los funcionarios también se han pronunciado. Los votos se han repartido de la siguiente forma: tres cuartos o poco menos por la insurrección inmediata Sólo unos cuantos son contrarios. Opinan que todavía no ha llegado el momento. Los otros son partidarios también de la lucha, pero no inmediatamente. Creen que no estamos todavía suficientemente preparados para lanzar la rebelión.

—¿Por qué esperamos todavía? — interrumpió Udaroff —. Nosotros lo resolveremos en las fábricas. Fácilmente les convenceremos de que es inútil esperar más tiempo.

—Espera, espera. La cuestión se va a tratar uno de estos días en los radios, en las asambleas del partido. No pierdas esto de vista, y procede en consecuencia. Por el momento, sigue nuestras directivas y con todas tus fuerzas.

—Bueno, ¿y cuál es la opinión de los otros radios sobre la cuestión del levantamiento?

—Todos los Comités de radio están en favor y se preparan para ello.

—Bien. No se advierte nada al exterior.

—Es necesario que sea así. A partir de ahora, es preciso que estemos de guardia día y noche. Asegura bien tus comunicaciones telefónicas y ponte en contacto con las otras fábricas. No será inútil que hagan guardia durante la noche unos cuantos guardias rojos.

—Haré todo eso; pero, dime, ¿cómo están los soldados? ¿Qué pasa en el frente? ¿Y las provincias? — preguntó Udaroff hilvanando unas preguntas con otras.

Jenny le respondió a todo, breve y neta, sin ocultar la verdad. Ella sabía que hombres como éste debían saberlo todo, porque tienen que conducir a millares de otros. Ellos sabrían morir, pero sabrían también vencer.

* * *

Cuando Udaroff emprendió el camino de regreso a la fábrica sentía como una leve embriaguez. El corazón le latía a golpes. Su mente trabajaba tranquila. Todo le parecía perfectamente claro, simple y preciso. Veía que en el estado actual de los acontecimientos los intereses de los obreros de una fábrica se unían precisamente con los de los obreros de otra fábrica, los de un radio con los de los otros, los de una ciudad con los de otra, los del ejército y los de los campesinos con los demás.

Así era exactamente como ante la tempestad pensaba Udaroff. Era como si el odio a la burguesía comunista por prender en un obrero, luego en otro, después en un tercero, más tarde en toda la fábrica, en la ciudad después y en el país entero por último, y la avalancha crecería y crecería hasta sepultar al capitalismo.

ANTES DE LA INSURRECCION

En el hogar de Udaroff las cosas iban de mal en peor. No se había podido comprar leña. Su pequeño había cogido una congestión pulmonar. Su mujer estaba exhausta. Había velado varias noches al pie de la cama del pequeño. Muy pronto, ella también había comenzado a toser. La víspera no habían comido sino una sopa de agua y patatas con margarina. En vez de las rebanadas de pan con manteca que se tomaba de costumbre, sólo se tomaba ya un cacho de pan negro.

Su mujer no le hizo ningún reproche; sólo le preguntó:

—¿Vendrás a dormir esta noche? Porque no cerraré la puerta.

—No lo sé — respondió Udaroff —; pero cierra la puerta.

—Bueno. Le pediré a Niuscha que venga esta noche, porque nuestro pequeño tose tan fuerte que por momentos me da miedo.

—Bien, bien. Adiós.

* * *

El estado de ánimo de los obreros se había enardecido más en aquellos días y todos ellos estaban contentos de ir a batirse.

Ya había muy pocos que se preocupaban de su trabajo en la fábrica. Todos trabajaban mecánicamente. Todos ellos reaccionaban activa y tumultuosamente ante todos los acontecimientos políticos. Por todas partes se formaban

las calles, en las tiendas, en todos los sitios donde acaba en acabar, en cuanto dos hombres no tenían los mismos pun- tos de vista sobre la situación política.

—¿Cómo quieres tú la mayoría? Las fábricas de Putí- lov se han declarado ya contra el Gobierno, y las nuestras, Rosenberg, Félix, Pawlainen, todas, como un solo hom- bre, están en favor de los Soviets. Hasta la fábrica Metal se ha decidido...

—¿Y Moscú? ¿Y el campo?

—¡Bah! ¿Qué hay allí? ¿No hay también hombres como nosotros?

—¿Y los oficiales? ¿Y el ejército?

—Estupideces. ¿No hay también obreros en el ejérci- to? Espérate un momento. Los oficiales se van a quedar muy pronto reducidos a nada. Yo no te digo nada que sea difícil...

Todos escuchan, comentan y consideran esta discusión como algo que le interesa sobremanera. Todos piensan en estas mismas cosas y se estremecen con sus pensamientos.

■

Ahora el tranvía ha pasado el puente de Liteyini. Otro público llena el coche. Un oficial hace sonar sus espuelas y le pide una dama permiso para sentarse a su lado. Más allá, se sienta un ingeniero. Al otro lado, un joven elegante al lado de un hombre de negocios.

Udaroff se mete en un rincón y observa. La apariencia más desagradable es la del oficial. Tiene el tipo clásico del oficial de Estado Mayor, del que combate hasta el último, hasta la victoria. Por lo demás, el ingeniero no era más agradable.

—Perdón — dijo el oficial, y se inclinó hacia el joven que, en ese momento, iba a leer, precisamente en el **Rietch**, un artículo titulado: "El complot de los bolcheviques".

—Sí — respondió el otro —. Pero ¿por qué, Dios mío, el Gobierno espera todavía?

—Pero ¿es un Gobierno? — respondió el oficial le- vantando la voz —. Son unos papanatas, pero no es un Go-

bierno. Esa porquería de bolcheviques. Perdón — dijo, inclinándose, a la dama; pero los ojos de ésta brillaron de aprobación —. Es necesario acabar con ellos sin piedad e inmediatamente, porque de otro modo esa banda nos dará muchos disgustos.

—Ya les vencimos — pensó Udaroff —. Ya están fuera de sí, y no es solamente en las colas delante de las tahonas que se emplea la palabra porquería.

—¿Qué hace el Gobierno? ¿Dónde estamos? Los bolcheviques se organizan, se hacen cada día más fuertes, y nosotros no sabemos sino lamentarnos — intervino, a su vez, el ingeniero —. Ahora han enviado un delegado al Gran Estado Mayor. Esto es una insolencia, un ultraje, y nadie ha sabido responderles como convenía.

—Hum, hum — murmuró el oficial ofendido —. Esa es cosa del Gobierno.

—Sí, si usted quiere. ¿Y el caso de la evacuación de la guarnición? Los bolcheviques no la han consentido.

El tranvía se detiene en la Perspectiva Newsky. El oficial desciende. Sube una gran cantidad de gente. Todos pertenecen a la mejor sociedad.

—Tiene usted razón, señor — interviene, a su vez, el hombre de negocios, y todo el mundo se vuelve hacia él atentamente —. No hay acción común contra los bolcheviques y ellos se aprovechan de ello. Los bolcheviques no tienen vergüenza ni conciencia. Son una partida de bandidos.

Udaroff no pudo contenerse por más tiempo.

—Usted los juzga por usted mismo — le dijo.

—Sí, sí, — gritó el negociante —. Hace tiempo que te observo. Tú eres un bolchevique. Se te conoce en seguida.

—¿Qué son ustedes, en fin de cuentas? — dijo el ingeniero lleno de menosprecio por Udaroff —. Ustedes no saben nada; ustedes son brutos, meros instrumentos en manos de Lenin.

Udaroff comprendió que era mejor callarse.

—Es posible que nosotros no seamos sino un instrumento; pero en todo caso somos un instrumento que trabaja bien.

—Te atreves a amenazarnos — gritó una dama —. Us-

tedes son unos revoltosos, unos rebeldes que debían estar en prisión, porque ése es su sitio.

—Ya están comenzando a envenenar al pueblo abiertamente — dijo uno que acababa de subir.

—Sería interesante saber si ese punto no es un desertor, con la intención clara de provocarle.

—Justo — dijo el negociante —. En el frente se derrama la sangre y aquí ellos trabajan para los alemanes.

Udaroff no pudo resistir más.

—Nosotros no hacemos eso. Pero vosotros sois unos derrotistas.

—¿Cómo, derrotistas? — rugió el negociante —. Hay bofetadas para castigar esas palabras.

—¡Echadle fuera...! ¡Cerdo!

—¡Traidores! — gritaban de varios lados.

—Desciende — le aconsejó el ingeniero presionándolo —; no van a poder contenerse.

—¿Me va usted a dar las perras para tomar otro billete? — le respondió Udaroff burlonamente.

—¿Tú, bribón, vas a insolentarte aquí? — le gritó un pasajero cogiéndolo por el cuello y empujándole hacia la puerta.

—¡Muy bien, muy bien! — dijeron todos, aplaudiendo.

Los dos habrían caído a tierra con el tranvía en marcha si el conductor, que había seguido puntualmente la disputa, no hubiese detenido el coche en ese mismo instante.

Udaroff descendió. Hervía de rabia. Se sintió lastimado y sangrante y todo su cuerpo temblaba.

* * *

Durante todo el día Udaroff no pudo recobrar su tranquilidad. Así llegó sin haberse calmado, a la reunión del radio. Ya había mucha gente.

Los obreros de los talleres de Newsky hacen la guardia.

—Tú estás por el levantamiento inmediato — le preguntó Grigorieff.

—Sí, y seguramente toda nuestra célula.

—¿De qué fábrica sois vosotros, camaradas? — le preguntó un obrero, acercándose a ellos —. ¡Hum! Esto va bien. La fábrica Panwiainen está también por el levantamiento. Pénix, también; Erikson, también. La verdad es que no se puede opinar de otro modo.

—No, camaradas, eso no es así; hay que tratar la cuestión seriamente.

Udaroff se quedó sorprendido. El que acababa de pronunciar esas palabras era el mismo joven orador que había enardecido a su fábrica.

—¿Qué es lo que tú dices, camarada? — preguntó Udaroff para comprender bien.

—Que es una cuestión muy seria y que hace falta prepararse muy bien para un acto de esa clase.

Sonó la campanilla. Todos corrieron a sentarse en sus sitios. Aunque los obreros trataron de acomodarse lo mejor posible, muchos no lograron coger asiento y se quedaron en pie. Los que llegaron después llenaron los pasillos hasta la puerta. Fué necesario abrir una puerta que daba al corredor, muy pronto éste también desbordaba de gente.

Muchos obreros se habían venido directamente del trabajo, con sus ropas sucias y sus blusas manchadas. El discurso del informador no es extraordinariamente brillante. Se difunde un poco. Explica bien a fondo la posición del Comité central y la del Comité de Petrogrado.

En la sala reina el más profundo silencio. Todo el mundo escucha el discurso con la más grande atención.

—La revolución está en peligro — declara el orador —, y es necesario pasar al ataque. Esperar todavía un desarrollo pacífico sería un error inexcusable. Estar contra la ofensiva es traicionar a la clase obrera. La clase obrera no nos perdonaría nunca ni nuestra irresolución ni nuestra falta de valor. La clase obrera quiere combatir. Contenerla es entregarla al bonapartista Kerensky y a sus generales blancos. Existe otra corriente en nuestra organización: los camaradas que piden que comencemos por ajustar nuestras fuerzas. Esta es también una posición falsa. Estos camaradas debían saber que, en una batalla, escoger el momento preciso para el ataque es de una importancia capital. Pues

bien: ahora es la oportunidad que se presenta, y es nece-
sario aprovecharla.

El orador cita las cifras que demuestran el número de miembros del partido, de los Sindicatos y de los Consejos de fábricas. Habla de nuestras fuerzas. Cita cifras y más cifras. Después habla de las elecciones de los Consejos de barrio en Moscú. Demuestra que el estado de espíritu de los campesinos nos es favorable. Luego cita las guarniciones que se han declarado por el poder de los Soviets y cita algunos hechos para demostrar el estado de espíritu del Ejército.

El ejército exige que el partido pase en seguida a la ofensiva. Nosotros debemos exigir la paz. Todo el ejército, todos los soldados nos apoyarán en esta reivindicación. Nadie podrá lanzarlos contra los Soviets. Después, nosotros pediremos y obtendremos que las grandes propiedades territoriales de los nobles, del clero y del Estado sean entregadas inmediatamente a los campesinos. Y después de esto ¿no habrá campesinos que estén contra nosotros? Nosotros exigiremos para los obreros la nacionalización de los bancos, el trabajo obligatorio para todos, la creación de Comités para el aprovisionamiento, la confiscación de todos los stocks de productos alimenticios en favor de la clase obrera. Nosotros queremos organizar el control de la producción. ¿Puede la mayoría de los obreros reprocharnos estos? ¿No desarma esto a los mencheviques y social-revolucionarios? No quiero hablar ahora de las reivindicaciones tales como la publicación de los tratados secretos, ni decir que nosotros llamamos a la gente para derrocar a la burguesía e instaurar la dictadura del proletariado. No quiero hablar de esto porque todos sabemos la potencia de estas palabras de orden y la atracción que ellas ejercen. ¿Esto nos garantiza la victoria completa? Naturalmente, no. Nosotros somos revolucionarios, bolcheviques, y no la turba menchevique. Nosotros decimos, con una apreciación exacta de nuestras fuerzas, que tenemos la esperanza de una victoria. Nosotros debemos emprender la ofensiva y lanzamos todas nuestras fuerzas a la batalla.

La asamblea aplaudió al orador, secamente primero, entusiastamente después. En seguida el joven orador se

había hablado en la fábrica de Udaroff tomó la palabra. Se pronunció ardorosamente en favor del levantamiento, así como por la necesidad de adueñarse del Poder.

—Pero, camarada — continuó —, nosotros no podemos dar un paso de tal importancia sino cuando lo hayamos pesado y preparado suficientemente todo. Es necesario que nuestras líneas de combate tengan una organización militar. Debemos dar un golpe de tal fuerza que destruya inmediatamente la burguesía. ¿Estamos preparados para esto? Los obreros quieren la batalla. Todos están listos para lanzarse a la lucha. ¿Pero todo el proletariado está organizado? Yo no lo creo, y os pido a todos trabajar por darnos una organización mejor, una disciplina más fuerte.

Otro camarada, de aspecto todavía joven, a pesar de sus cabellos grises, le respondió en forma que deshizo su discurso. Comentó lentamente, con un tono mesurado:

—El camarada se equivoca. Cree que es necesario pasar a la acción; que somos fuertes y que los obreros están listos para ir a la lucha. ¿Qué más quiere entonces? Organizáos, nos dice. ¿Quién de entre vosotros puede creer que es posible batirse sin estar organizado? Sin embargo, nosotros no podemos pretender una organización perfecta. Jamás se os podrá decir: Ahora todo está listo, hemos organizado ya tantos y tantos metros o kilos.

En la sala estalló un tumulto de risas.

—El camarada nos ha hablado con calor, con el corazón, con fe. Pero no nos ha dicho una sola palabra de cuáles son sus reivindicaciones concretas. Yo le aconsejo una vez más, que reflexione y que decida definitivamente si quiere venir con nosotros o pertenecer a aquellos que están contra el levantamiento. Balancearse entre dos posiciones es indigno de un bolchevique.

Tres hombres más hablaron todavía. Todos se pronunciaron contra el joven orador. Este permaneció sentado, reflexionando y lanzando sobre la asamblea una mirada perdida en sus propios pensamientos.

El presidente pasó a la votación:

—¿Quiénes están por el levantamiento?

Se levantó un bosque de manos.

—¿Quiénes están en contra del levantamiento?

Nadie levantó el brazo.

—¿Quiénes están por el levantamiento como lo proponen el Comité Central y el Comité de Petrogrado?

De nuevo se levantaron todas las manos.

—¿Quiénes están por el levantamiento como ha sido indicado por el camarada?

Sólo unos cuantos votaron en favor.

Y estalló en la sala un tumulto de aplausos frenéticos y de gritos de "¡Viva la revolución! ¡Viva el Poder de los Soviets!", y miles de gargantas cantaron la **Internacional**.

* * *

Ugarolf buscó al "Tío" y le preguntó:

—Esta vez está definitivamente decidido. ¿Comenzamos?

—No, no. Ven mañana por la tarde al Comité de Distrito. De allí iremos a Smolny. En Smolny se celebrará una sesión común de la fracción del Soviet y de funcionarios responsables del partido de Petrogrado. Hará calor...

—¿Pero cuándo van a terminar todos estos discursos?

—Cada cosa a su tiempo.

La reunión se disolvió lentamente. Los camaradas formaron nutridos grupos y discutían las diferentes cuestiones del día. Hablaban de armas, de la ocupación de los puestos de Policía, de la posibilidad de ganar a los cosacos que acampaban en la proximidad de Petrogrado.

—¿Vamos a dejar a los cosacos sin tocarlos?

—¿Qué vamos a hacer para ganárnoslos?

—¿Quién ha dicho que no les trabajamos? Nosotros tenemos también allí nuestra gente, y hemos trabajado durante dos meses.

—¿Trabajado?

—¡Y cómo! Mira el golpe que hemos dado. Los cosacos no querían saber nada de nosotros. Ni siquiera querían leer nuestros periódicos. Pero nosotros hemos enviado a nuestros camaradas mujeres que han conseguido retornar a algunos de ellos y de este modo han logrado penetrar en el cuartel. Entre bromas y cambiando algunas

sos, ellas se han encargado de decirles que los obreros son sus hermanos, de hablarles del Gobierno y de explicarles que sus verdaderos enemigos son sus oficiales y sus generales. Y los muchachos aceptaron todo esto sin muchas dudas. Comenzaron a leer nuestros periódicos, y después me pidieron una reunión, y todo ha marchado sobre ruedas. Ahora están resueltos a todo.

—¡Asombroso!

—¿Y las chicas? ... ¿Se han hecho cosacas? — dijo uno bromeando.

—Dejáos de bromas. ¿Conoces tú a Niurka? Ella es la que ha dirigido todo eso.

—¡Oh, si es ella!

• • •

La calle está triste. Llueve y nieva. El aire es húmedo y frío, pero nadie le siente. Todo el mundo está excitado y se divierte de cualquier modo. Se ríe y se manifiesta un contento y un buen humor unánimes.

—No, Vania, mañana iré directamente a la sección. ¿Has visto ya mi carabina? Esta tarde la voy a limpiar, a coger mis cartuchos y vendré armado a la fábrica.

—Escucha. Voy a ir un instante a casa de mi madre. Allí tengo escondidas mis "naranjas" (granadas de mano). Después me procuraré un fusil y nos incorporaremos juntos.

—Enrólate mañana sin armas. Puede ser que allí te den un fusil.

—Así lo haré.

En la fábrica, Udaroff encuentra a un guardia rojo escondido en un rincón del patio, de modo que no puede ser visto desde la calle.

—¿Qué haces tú ahí?

—Estoy haciendo guardia — responde riendo el muchacho, y luego agrega en voz baja —: Hemos desenterrado las armas y estoy haciendo guardia por si a la Policía se le ocurre irrumpir en este momento.

—Esto ha comenzado — pensó Udaroff, secándose las mejillas.

En la sala del Consejo de fábrica reinaba un desorden indescriptible. Todas las mesas habían sido amontonadas en un rincón. En todas partes había cajones abiertos y el suelo estaba cubierto de paja. A un lado había un gran montón de armas, de ametralladoras y de cartuchos. Udaroff se quedó estupefacto.

—Tú, Petia — ordenó Grigorieff —, engrasa los fusiles que están muy sucios. Y tú, Jegoritkch, ¿por qué no haces algo? Ocúpate en las granadas.

—¿Qué pasa, Grigorieff? — preguntó Udaroff gozosamente.

—¡Ah, eres tú! Hemos desenterrado las cajas, Hay bastantes piezas mohosas.

—¿No crees que es un poco prematuro? — preguntó Urakoff riendo.

—Sólo queremos limpiarlas y engrasarlas — respondió Grigorieff guiñando el ojo.

A pesar del aspecto del pasillo y de la sala del Consejo de fábrica, llenos de armas por todas partes, los obreros que llegaban no demostraban ningún asombro. Constantemente venían nuevos obreros a inscribirse en la Guardia roja. El Consejo de fábrica había cambiado de trabajo. Se habían olvidado las pequeñas cosas cotidianas. El Consejo tenía más el aspecto de un Estado Mayor que el aspecto de una organización obrera.

Al mediodía llegó un maximalista bien conocido de todos. Después de saludar a todo el mundo, pidió ver a Udaroff.

—Estará recorriendo los talleres — le respondió el secretario.

—¡Ah! Puede ser entonces que tú puedas decirme cuál es lo que proyectáis — respondió el maximalista señalando las armas

—Absolutamente nada. Lo único que hemos hecho es sacar aquello que nos queda de febrero.

—Todo esto seriamente — insistió el maximalista — ¿No sabes tú quién soy yo?

En este instante entró Udaroff muy excitado. Apenas

vió al maximalista, recobró su sangre fría y le saludó tranquilamente.

—Buenos días — le respondió éste —. He venido a saber qué es lo que pensáis hacer. Nuestro grupo ha discutido la situación y ha resuelto formar bloque con los bolcheviques. ¿Qué nos ofrecéis vosotros?

—Nada más que un sitio en la Guardia roja, querido. Y con la condición expresa de que vuestra gente obedecerá ciegamente nuestras directivas.

—¿Y un puesto en el Consejo de fábrica?

—No. Dirigete al Comité de Petrogrado y, por intermedio de él, a nuestro Comité Central. Pero en nuestras organizaciones inferiores no es posible hacer el bloque.

—Bueno. No discutamos. Yo veré cómo se arregla esto. Pero ¿cuándo comienza ello?

—Puede ser mañana, puede ser dentro de una semana.

—Está bien. Esta tarde iré a Smolny y hablaré con vuestros funcionarios. Estos tienen la lengua más larga que tú — agregó el maximalista riendo.

Y se marchó. Udaroff comenzó a pasearse de un lado a otro de la habitación, muy excitado. Grigorieff le encontró en este estado.

—¿Qué te pasa?

—¡Que se los lleve el diablo! He ido a ver al director para que me conceda la habitación de al lado, y ese animal se ha burlado de mí. "¿Es para el Estado Mayor? — me ha dicho —. Si tenéis tantas armas, una sola habitación no os basta ciertamente". "Eso no le importa a usted" — le respondí —. Y él contestó categóricamente "Esa habitación la necesitamos para nosotros".

—Pues expropiémosla por la vía revolucionaria.

—No; es preciso esperar todavía. Pero es absolutamente imposible trabajar en una sola habitación.

—Te agitas demasiado, Alexis.

—Y tú te excitas demasiado. Escucha: ahora voy al Comité de radio y no regresaré hasta la noche, muy tarde. Quédate aquí. Ruégale a cualquiera que vaya a traerme noticias de mi pequeño. Hasta luego. Vigila a tus guardias.

* * *

Udaroff encontró al "Tío" en la escalera.

—¿A dónde vas?

—Voy al restaurante a comer algo. ¿Has desayunado? Vente conmigo.

Y marcharon juntos al restaurante, una taberna pequeña llena de suciedad. Comiendo, iniciaron la conversación.

—¿Tú has entrado en el partido antes de la guerra?—comenzó el "Tío" —. ¿Dónde has trabajado o con quién?

—Sí, antes de la guerra. He trabajado en todas las fábricas de Petrogrado. Pero no te he visto nunca.

—Yo he estado en Moscú y he sido condenado a trabajos forzados. Antes había trabajado en Petrogrado. En cuanto estalló la revolución regresé aquí. No hay mejor sitio que Petrogrado. Yo he recorrido un poco Rusia en todas direcciones, y en ninguna parte he encontrado los obreros como aquí.

—Dime una cosa... ¿Tú conoces a Lenin de cerca? ¿Cómo es Él?

—Yo le conozco... ¿cómo te diría yo? :... Es grande y... sólido. Cuando tú le ves en una sesión, sientes que ningún otro le iguala. Habla de una manera que no puedes contradecirle. Sin embargo, no sientes que él es la cabeza principal de la Central. Los viejos parecen niños al lado de él. Suponte que la sesión ha terminado. Tú te acercas a él. Generalmente, es él quien te llama. Tú le cuentas lo que pasa en tu radio, le interrogas sobre lo que no te parece bastante claro. El te explica todo. Si tú estás de acuerdo con él, tú le dices tu opinión y él te escucha con más atención que cualquier otro. El no te interrumpe nunca y te deja hablar hasta el fin.

—¿Quiénes de los jefes vendrán a la reunión de hoy?

—Muchos. ¿Ves tú? No es una buena cosa que nosotros tengamos entre nuestros jefes tan pocos que hayan sido obreros. Naturalmente, todos nuestros intelectuales se han entregado en cuerpo y alma a nuestra causa. Son hombres inteligentes. Pero cuando llegan los momentos difíciles, vacilan. Esto proviene de que ellos son los nervios

más débiles o simplemente de que así es su carácter, yo no lo sé bien. No se deciden, vacilan.

¿Tú eres obrero?

—No; sólo a medias. Por esto te digo todas esas cosas. Yo las siento. Tú no puedes comprenderlas tan bien como yo las siento. Un verdadero obrero, poco cultivado, tiene siempre un gran respeto por el intelectual. Le tiene por un ser mejor y más alto. Y esto es verdad cuando se trata de un intelectual que se ha entregado íntegramente a la causa de la clase obrera.

—No lo sé; yo no he pensado todavía en eso.

—¡Ah, bien! — dijo el "Tío", riendo.

—Dime, ¿cuánto se paga aquí? Yo no tengo dinero.

—Yo tengo todavía bastante para los dos. Vente. Estaremos una media hora en el Comité de radio y después iremos directamente al Instituto Smolny.

* * *

Petrogrado es espléndido en las noches claras. Millares de estrellas brillan en el cielo y las luces del muelle se reflejan en el Neva. Las luces del puente del castillo alumbran como en pleno día.

—Mira qué bello es esto — dijo el "Tío" en voz baja cuando estaban en el puente de Liteiny —. Sólo este silencio...

—¿Cómo el silencio? — dijo Udaroff sin comprender.

—Sí; esto está demasiado tranquilo, demasiada calma. Si hubieran aquí un poco de ruido y de tumulto...

—Entonces sería otra cosa — interrumpió Udaroff.

—Tienes razón. Caminemos aprisa.

* * *

A pesar de la hora, en Smolny hay un gran movimiento. Todas las ventanas del inmenso edificio están iluminadas. Detrás de los muros hay varios automóviles y grupos de soldados. Los caballos están listos. Una corriente de

gente que entra y sale circula constantemente por la puerta. La misma animación llena los pasillos del piso inferior. Los grupos discuten en todas partes. Las voces resuenan en las altas columnas de los corredores.

El "Tío" camina a grandes pasos. Se ve que conoce la casa. Abre con mano firme la cerradura de la puerta marcada con el número 4, y Udaroff se encuentra en una gran sala blanca en la cual hay reunidas unas trescientas personas. Las sillas, los sofás, los rebordes de las ventanas, todo está ocupado y muchos se han sentado en el suelo. Las grandes lámparas eléctricas suspendidas en el centro de la sala, casi tocando el techo, alumbran la asamblea. La blancura de las paredes hace más cruda la luz.

El "Tío" se hace rápidamente un camino hacia la parte alta donde está la mesa del presidente. Udaroff se queda donde estaba, apoyado a la pared. Se siente perdido, está fuera de su ambiente y no quiere avanzar más.

—¿Tú también estás aquí, Udaroff? — le grita de pronto el joven orador.

—Yo no conozco aquí a nadie — responde Udaroff.

—No importa. Sentémonos juntos. Yo te lo explicaré todo.

Y los dos se instalan lado a lado, en el suelo, no muy lejos de la presidencia. El joven orador se dedica a decirle a Udaroff los nombres de los asistentes.

—Mira, tú debes conocer bien a ése: es Wolodarsky. También ha vacilado como yo. Ahora no sé exactamente cómo piensa. En cuanto a mí, ya he adoptado una resolución y creo como tú que es el momento de actuar.

Udaroff se fija en la figura pálida de Wolodarsky y se ve en una conversación furiosamente animada con un camarada. Sus mejillas están encendidas y sus pupilas despiden rayos luminosos a través de los cristales de sus gafas. Sus manos largas y sus hombros se mueven constantemente.

—Ese hombre — piensa Udaroff — vive los acontecimientos, en lugar de estudiarlos solamente con la razón.

—El otro viejo de allá es Riasanoff — continúa el vecino de Udaroff —. El opina contra el levantamiento. Seguramente hablará esta tarde. Ese que está sentado al lado de la mesa, con la blusa sucia, es Lachevitch. Es un hom-

tre enérgico, un verdadero militante. Opina por el levantamiento.

—¿Quién es ese de allá?

—¿El alto? Es Tchudnovski. Está contra el levantamiento. Pero yo he oído decir que es un revolucionario convencido.

Suena la campanilla. El presidente abre la sesión y da la palabra a un miembro del Comité Central del Partido.

Al principio todo el mundo le escucha con atención. Udaroff se esfuerza por no perder ni una sola palabra. Poco a poco, como el orador trata los mismos asuntos que él ha oído tratar ya en la reunión del radio, se distrae y dedica su atención al público. Se fija en los asistentes uno a uno y muy pronto se da cuenta de la diferencia entre ésta reunión y la del radio. Aquí se trata de otra clase de gente. En la reunión del radio todos los asistentes se contentan con sentarse y escuchar. Pero aquí parece que apenas se oye el discurso del orador. Muchos tienen bloques de papel y toman notas y envían billetes. ¡Qué expresión de seriedad en todos los rostros! ¡Y qué diferencias! Cada fisonomía tiene su expresión particular.

Muy pronto, Udaroff deja de seguir totalmente al orador y se dedica a la concurrencia. Habría querido conocer la biografía de cada uno de los asistentes y el papel que ha desempeñado en el partido.

—¿Qué miras con tanta atención? — le pregunta su compañero.

—Quisiera conocerlos a todos. No sé ni quiénes son ni qué hacen — respondió Udaroff en voz baja.

—Aquí está toda la organización de nuestro partido. La cabeza es el Comité Central. Pero la base es ésta, y aquéllos son los que harán la revolución.

—¿Qué hacen ahora?

—Son los secretarios de los radios, los delegados de las fábricas y de la guarnición, los agitadores y los organizadores.

Un hombre uniformado atrae la atención de Udaroff. Lleva las insignias de aspirante y todo su aspecto denota energía y bravura. Sus cabellos cortos se asientan difícilmente y tiene la expresión de estar listo para levantarse a

la primera señal. Su abrigo es nuevo y le sienta bien, le ro no expresa brillantez ni elegancia. Tal vez esto prue ne de que su rostro es bastante duro. Junto al aspirante siente un viejo robusto con un buen gabán, un cuello blan y una corbata de plastrón. No tiene éste, sin embargo, aspecto de un señor. A Udaroff le parece ver en él un fu rita distinguido. Su alta frente blanca debe encerrar mucha ciencia. Se arruga cuando el viejo toma en su carnet al guna nota rápida.

No muy lejos de ellos se sienta un obrero que puede tener unos veinticinco años. Está mal vestido, con blusa pero su corbata está perfectamente anudada. Está afeitado y los cabellos cortados al cero. Fuma un buen cigarrillo No toma notas. Parece sumido en profundas meditaciones.

Súbitamente el obrero que Udaroff está a punto de analizar se levanta. De todos los puntos de la sala surge una serie de gritos: "¡Se repiten demasiado! ¡No, no; hace bien!"

Una parte de la sala aplaude. Esto provoca movimientos enérgicos.

—Vosotros podéis venir aquí a contradecirme — dice el orador en un tono violento —, pero nosotros afirmamos que imponer al Partido una retirada, retardar la hora del ataque, es entregar la Revolución en manos de nuestros enemigos.

—¡Muy bien, muy bien! — gritan muchas voces.

El orador habla ahora ardorosamente, criticando una tendencia, bien la otra. La asamblea está excitada, tumultuosa. En la sala hay una gran agitación, y el presidente se ve obligado a sonar constantemente la campanilla, a pedir orden.

Se promueve un debate apasionado y cálido. Udaroff no ha oído nunca nada semejante. Los oradores se suceden sin interrupción. Sus discursos están erizados de alusiones y de palabras mordaces. Se les responde del seno mismo de la asamblea. Detrás de la presidencia, los que han hablado ya y los que quieren hacerlo, disputan animadamente. Todo hierve en la sala como en una marmita.

—¿Es así — piensa Udaroff — cómo se forjan el pensamiento y la voluntad únicos? — cómo se for[illegible]

Y él también grita y aplaude como los otros. Los oradores se excitan más y más. Muy pronto ya no hablan, sino gritan.

—Yo os conjuro — gritó un orador — de no dar ese paso.

—¿Qué es eso? — le respondieron —. ¡Ja, ja, ja!

En medio del tumulto se oyeron gritar a varias voces:

—¡Basta ya! ¡A votar!

—Yo estoy contra la clausura del debate — gritaron al otro lado de la sala —; eso no puede ser.

—Bueno — gritó otro —; dadle la palabra a ése y votemos después de él. Ya es bastante.

Y todavía se produjeron más gritos y exclamaciones.

Se terminó por fin y se pasó al voto. Por la insurrección se levantó un verdadero bosque de manos. En torno a la pequeña mesa de la presidencia se produjo un debate encarnizado. El "Tío" estaba sentado al fondo, apretado en un grupo enardecido, como si estuviera encadenado.

Udaroff avanzó y le cogió por un brazo:

—¿Pero vas a venir?

—Espera un momento. Ahora viene lo interesante. Se va a preguntar a los camaradas si se mantienen unidos a nosotros o si se niegan a tomar parte en el levantamiento.

—¿Y...?

—Escucha la respuesta.

—Aquí no hay dos opiniones — dijo uno que había estado contra el levantamiento —. El Partido ha tomado una decisión definitiva. Ha resuelto que es el momento de proceder. Nosotros estaremos en la primera fila.

Se apaga el ruido y todos se vuelven hacia uno que acaba de llegar.

—¡Silencio! Acabamos de recibir la noticia de que el Gobierno ha hecho levantar los puentes. El Gobierno pasa de este modo al ataque. Nosotros no debemos perder un minuto. Debemos apoderarnos de los puentes. Regresad todos inmediatamente a vuestros radios.

—¿Y qué directivas? — gritaron de todas partes.

—¡Silencio!

—¿Debemos separarnos sin haber recibido la más leve

—¡Silencio, silencio! Que se quede un hombre de la radio. Recibiréis las directivas del Comité de Petrogrado. Nosotros no podemos decidir nada aquí. Todos a vuestros sitios.

El que acaba de hablar abandona su asiento. Se produce un tumulto indescriptible. Después, todos se apresuran hacia la puerta. Udaroff corre hacia la puerta, arrollando a unos y atropellado por otros.

• • •

En la calle encuentra a su vecino. Este también se apresuraba para llegar pronto a su radio. Marcharon en silencio, cambiando una palabra de cuando en cuando.

Cada uno de ellos estaba absorto en sus propios pensamientos. Querían adivinar los acontecimientos de la noche. Hubieran querido saber ya, qué les reservaba el amanecer. He aquí la perspectiva Levine. Involuntariamente, los tres miraron hacia la perspectiva Nevsky y se miraron, interrogándose mutuamente:

—Es extraño — pensó Udaroff.

—Asombroso — respondió el otro —. La ciudad tranquila. Sin embargo, el Gobierno no ha tomado todavía medida alguna. Es necesario que en una hora lo hayamos dispuesto todo dentro de una hora será ya demasiado tarde para los acontecimientos.

—Exacto, corramos — dijo Udaroff casi gritando.

La ciudad dormía. Aquí y allá unos cuantos transeúntes pasaban apresuradamente. Nevaba. Nadie sabe que la revuelta ha comenzado ya. En este mismo momento, Kerensky sufre su habitual ataque de histerismo y conjura todos los males sobre las cabezas de los bolcheviques.

La ciudad duerme. Pero los hombres que han resuelto tomar la fortaleza no duermen, y se deslizan a través de las calles silenciosas de los barrios obreros. También duermen los hombres que estudian sobre el plano de la ciudad los puntos que es indispensable ocupar en primer lugar. Y hay también un hombre que tampoco duerme esta noche y que se desvela para llegar a Smolny en la mañana.

Una nieve fina cae sin interrupción. Hiela un poco.

LA INSURRECCION

—Wania, coge más cartuchos.

—Tengo ya bastantes. Está tranquilo. Ya tengo dos cartucheras llenas.

—Anda tú a saber. Coge una más...

—Vamos, los guardias, moveros — resonó la voz del comandante —. ¡Adelante!

Ruido de fusiles. Las botas claveteadas resonaron en el pavimento.

El tiempo es espantoso, húmedo. La muchedumbre congregada en las calles se eleva a millares. Unos quieren ir delante de ellos, no importa dónde. Otros se quedan rodeando a los guardias rojos que se ordenan. Pasan camiones cargados de gente armada, con ametralladoras, echando humo. Un auto de punto, lleno de guardias rojos listos a disparar, inicia el desfile.

La perspectiva Sampsonievsky no había visto jamás un tráfico semejante. Febrero y julio no fueron nada en comparación con lo que pasaba en aquel momento. Sobre todo, lo que era capital, todo el mundo estaba armado.

Un comandante ordenó con voz fuerte:

—¡Reunirse!

—El destacamento tiene un aspecto poco ordinario. Trajes de todas clases, armas las más diferentes. Los hombres se reunen poco a poco. He aquí a un hombre serio, barbudo, reconcentrado en él mismo, que permanece sin decir una palabra y que se contenta con lanzar de cuando en cuando una mirada sobre la animación de la calle. Al lado de él hay un muchácho que ríe sin cesar y habla constantemente a sus vecinos de la derecha y la izquierda. Más

allá, hay un joven oficial con la cruz roja en el brazo
una mochila sanitaria a la espalda.

El comandante tiene la apariencia de un gallo bien
plantado, con un gabán corto y un revólver y dos granadas
de mano a la cintura. Corre de un lado a otro dando ór-
denes.

Los niños y las mujeres hacen un ruido incesante a
la vereda.

—Fíjate, mira: el tío Grigorieff es el capitán — dice
una niñita de niño.

—Mira, allá está el tío Maxim.

—Ese de allá, con barba, es el padre de Wania — dice
el pequeño.

—¡Atención!... ¡Adelante!... ¡Marchen!

Partem. Entre las mujeres se oyen sollozos y palabras
entrecortadas.

—No llores, madrecita, que a hombres como esos no
los matan. Son águilas.

—Qué águilas... Si ni siquiera saben marchar al paso...

—Pero, en compensación, se batirán bien.

—¿Lo harán? Van a encontrarse con los Junkers.

En efecto, el destacamento no tiene un aspecto maravilloso. Uno lleva el arma sobre el hombro y otro la lleva negligentemente. Unos se callan y los otros hablan entre ellos. Lo que les da peor aspecto son los vestidos: uno lleva gabán; otro, una chaqueta; un tercero, un capuchón; otro, un gorro de piel, y todos forman un conjunto abigarrado. Subitamente uno entona una canción. Los otros le responden e inmediatamente el destacamento adquiere otro aspecto. Los cuerpos se yerguen, los pasos se afirman y se siente que una nueva fuerza los anima a todos.

Alguien grita desde la vereda: "¡Hurra, hurra!" Las gorras vuelan en el aire saludándoles; las manos aplau-
y los niños les siguen.

* * *

Udaroff corre al Estado Mayor del radio. Con su

la cintura, ha cambiado totalmente de apariencia. Parece haber aumentado considerablemente de tamaño y en importancia.

En su fábrica todo marcha en el orden más perfecto. Los soldados están mucho mejor organizados que los de otras fábricas. Por esto se les envía al Palacio de Invierno. En Comité de Radio ha designado a Udaroff delegado al Comité revolucionario. El se da prisa en ir.

Otro destacamento de tropas sale de la fábrica de Erikson. Un camión armado y con esta inscripción: "¡Muerte al capital!", le pasa a gran velocidad.

La multitud se congrega en un punto. Están descargando algo delante del establecimiento de una Cooperativa y se oyen gritos como éste:

—¡Muy bien, muy bien! Coger todo y traedlo aquí. Esa banda de hijos del diablo nos ha robado bastante.

—Será necesario registrar las casas.

—El primero que lo haga será fusilado en el acto.

* * *

El Comité de la Revolución y el Estado Mayor se han instalado en un antiguo restaurante. Es una casa de dos pisos bastante sucia. Hay pocas personas en los alrededores. En las calles próximas se han colocado centinelas que no dejan pasar a nadie que no tenga una razón importante para hacerlo.

—Muy bien — piensa Udaroff —; es conforme a las leyes de guerra.

Todo le parece maravilloso. El ruido de la calle le llena de gozo. La vista de los hombres en armas le entusiasma. No se fija en las pequeñas cosas, en los detalles. El centinela de la puerta le detiene con un severo: "¿A dónde va usted?", y como Udaroff responde simplemente: "Al Comité Revolucionario", le deja pasar sin preguntarle más y sin pedirle ningún papel. Udaroff no se da siquiera cuenta de que esto no está bien y de que en la misma forma podía pasar cualquiera.

Udaroff sube la escalera de madera que conduce al

instalación, los soldados y guardias rojos han instalado su campamento. Entre ellos hay algunos marineros que destacan de los demás por sus blusas negras y sus bonetes. Otros explican cómo deben usarse las ametralladoras, fabrican balas y se llenan las cartucheras. En un rincón apartado, unos cuantos se han quedado dormidos sobre el suelo y ni las charlas ni el ruido de los demás logra despertarlos. Están agotados.

La puerta de la derecha conduce a la habitación del Comité Revolucionario. Es una habitación pequeña que debió ser antes un gabinete reservado. Es imposible comprender de qué se habla y qué hace aquí tanta gente.

Udaroff se decide a recorrer toda la casa. Sale de la habitación, atraviesa la sala y entra en el cuarto del Estado Mayor. No hay sino tres hombres en esta gran habitación. Discuten algo y están inclinados sobre el medio destrozado plano de la ciudad.

—¡Asombroso! Mira adónde han llegado ya.

—Buenos días. ¿Dónde te han militarizado?— dice un camarada bajo de estatura, volviéndose a Udaroff.

—Debes ocuparte en organizar la milicia. Coge un puesto de guardias y ocúpate con ellos en los distritos de Policía.

—Pronto—agrega un obrero ya viejo, envuelto en su abrigo de cuero—. Puedes instalarte en ese rincón. Consíguete una mesa y comienza en seguida.

Sin quitarse el gabán, Udaroff comienza en seguida su trabajo. Mientras arregla su mesa, un joven viene a ofrecerle sus servicios, le ayuda a colocar la mesa y le pregunta:

—¿Qué vas a hacer?

—Organizar la milicia (servicio de policía creado en los primeros días de la revolución).

—¿Puedo ayudarte?

—Naturalmente. ¿Quién eres tú?

—Juroff, hijo del viejo Juroff.

—¡Ah, mi gran amigo! ¡Cuánto has crecido! Ya eres un hombre.

El trabajo comienza inmediatamente con gran actividad. Se envían grupos de obreros armados a los distritos

ocuparlos. El Estado Mayor designa los comisarios de las milicias. Se envían patrullas a todas partes de la ciudad. Se designa a la gente para los servicios de noche.

Udaroff se encuentra muy pronto metido en los trabajos del Estado Mayor. Este se compone de cinco personas nombradas por el Comité Revolucionario. Mantiene un contacto constante con Smolny. Se encarga de conseguir armas y envía destacamento tras destacamento al Palacio de Invierno, donde la situación parece ser particularmente difícil. Todos los radios están en poder del Estado Mayor. Se instalan por todas partes pequeños puestos. Se ha liberado ya a los prisioneros políticos de la prisión Kresty. Durante la confusión se han evadido los presos de delitos comunes, pero se les está buscando activamente.

—Es necesario—dice un obrero de cabellos grises—arrestar antes de la tarde a todos los elementos poco seguros, armar nuevas tropas y tener a los obreros alerta.

—Bueno, comencemos en seguida. Ahora tenemos un momento libre. Reunamos al Comité revolucionario — propone Udaroff.

Todo el mundo está de acuerdo.

Se reúnen unos diez hombres. El viejo Juroff, Udaroff, el obrero de cabellos grises: Utkin. Udaroff no conoce a los otros. Juroff preside. A pesar del ruido y de que a cada instante irrumpen en la sala nuevos camaradas con noticias, logra ordenar la sesión. No se pierde la ilación. El Comité resuelve rápidamente una cuestión tras otra. No hay necesidad de procesos verbales. La cuestión del abastecimiento lo detiene.

—Mañana todo el mundo nos moriremos de hambre. ¿Podemos enviar a todo el mundo a los restaurantes?

—La revolución engloba grandes masas de pueblo—replica Sokoloff.

—Pero ni aún durante la revolución cae el pan del cielo—contesta el primero con un acento de cólera.

—Tú no ves más allá de tus narices.

—Y tú no acabas de salir de tus mitines. Será mejor que te calles.

—Al grano—dice Juroff, para interrumpir la disputa.

—Esto no puede marchar así. Ese piensa alimentar a la Guardia roja con bonos de alimentación.

—Naturalmente, Iván tiene razón.

La puerta se abre súbitamente, y el "Tío" irrumpe en la habitación.

—Os traigo una comunicación extraordinaria sobre la cual es necesario resolver en seguida. Todas las calles son nuestras. Pero en el Palacio de Invierno tenemos algunas dificultades. Es preciso enviar refuerzos en seguida.

—Un minuto, "Tío"— interrumpe Juroff.— Propongo terminar primero nuestras cuestiones. Vamos a nombrar un Comité de abastecimientos y a nombrar presidente de él a Iván. El se romperá la cabeza contra este problema. Hable, "Tío". Sinos cuál es la situación en Smolny y en la ciudad. Estamos sin noticias desde el mediodía. ¿Entendido? ¿Hay algo más? No hemos discutido ya bastante, camaradas.

—Schura, cierra la puerta y no dejes entrar a nadie. ¿Quién llama ahora?—gritó Juroff a su hijo.

—En la ciudad todo va bien. Todos los radios están en nuestras manos. Se han realizado detenciones en masa. Pero el Gobierno se ha fortificado en el Palacio de Invierno y no quiere rendirse—el "Tío" baja la voz—: Tenemos la intención de abrir sobre el Palacio de Invierno fuego de artillería. Es necesario que caiga en nuestras manos lo más pronto posible.

—¿Cómo estamos con la guarnición?

—¿Qué pasa en Moscú?

—¿Podemos aprovisionarnos?

—¿Dónde está Lenín?

—¿Cómo están las cosas en el frente?

—¿Hay navíos de guerra en el puerto?

—No habléis de toda a la vez. La guarnición está íntegramente con nosotros. Tenemos autos blindados a nuestra disposición, y sólo los Junkers no quieren rendirse. En Moscú, nuestras gentes vacilan todavía, pero la revolución debe estallar hoy. Lenín está en Smolny. No se sabe nada de lo que pasa en el frente.

—¿Y el aprovisionamiento?

—Se han capturado en los ferrocarriles unos [illegible]

vagones de provisiones. Además, tenemos todavía dos barcas. Podemos resistir varios días.

—¿Qué hacen los marineros?

—Los marineros están con nosotros y atacan el Palacio de Invierno.

—Bueno—dijo Juroff—, nosotros vamos a decidir ahora qué es lo que debemos hacer todavía.

Se oyen golpes violentos a la puerta. En la habitación de al lado alguien grita y jura.

—Abrid pronto. No tenemos tiempo que perder.

Cinco hombres, con el fusil al hombro, se precipitan en la sala. En el centro de ellos, un hombre pequeño con un tic nervioso.

—Nosotros pedimos que se fusile en seguida a este perro. Lo hemos encontrado pegando carteles mencheviques, injuriando a los guardias rojos.

—¿Dónde le habéis cogido?—pregunta Juroff.

—Cerca de la estación de Finlandia. Lo hemos quitado a la multitud que quería lincharlo—respondió uno de la patrulla, seguramente el jefe.

—A todo el que se coja in fraganti, fusilarlo en seguida.

—Callaros vosotros. Continúa, camarada.

—Yo no creo que debe aplicarse el linchamiento. Dinos qué hacemos.

—¡Ah, esperad! Si es Davidof—dijo Udaroff con asombro—. Te has ido un poco lejos. Es el menchevique, de nuestra mutualidad. No le hagáis nada, camaradas. ¡Loco! Has perdido todos los tornillos.

El menchevique se recobra rápidamente.

—Sois vosotros que estáis locos.

—¿Lo crees tú? — dice Udaroff riendo.—Ya lo veremos. Por el momento tú vas a permanecer aquí aislado por interés de tu propia seguridad.

El Comité Revolucionario ha tomado sus decisiones en unas cuantos minutos. Se van a enviar en seguida refuerzos al Palacio de Invierno. Un cuarto de hora más tarde, casi todas habían salido a cumplir sus comisiones. Un poco de tiempo después, se veían salir de todas las fábricas destacamentos armados.

La noche está obscura y todo está tranquilo en la
lles. Las hogueras de los puestos de guardias rojos ha
nan las esquinas y los cruces de las calles. De cuando
cuando cortan el silencio las detonaciones de los tiros y
descargas.

El combate continúa. Nadie puede detenerlo ya.
dos adversarios se han lanzado uno contra el otro.
Será a muerte?

* * *

En el local del Comité Revolucionario, Iván con
con los miembros del Comité de aprovisionamientos el
que ha de proporcionarles víveres a la población. Ud
y Schura están sentados en la oficina del Estado M
Sokolof no está. Utkin y otros miembros del Estado
yor estudian el modo de controlar a los "elementos
seguros".

Se abre tímidamente la puerta y entra el vec
Udaroff.

—¿Estás aquí? Me ha costado trabajo encontr
Buenos días. Al regresar a casa me he acordado q
tienes noticias de tu familia.

—¿Cómo está?

—Bien. Tu pequeño Sergio está bastante mejor
ría muy alegre. No tienen qué comer, pero hoy he p
conseguir yo un poco de pan.

La buena fisonomía del obrero se alegró con
risa de contento.

—¿Dónde lo has encontrado? — preguntó
riendo.

—En la fábrica. Se le ha distribuido a todo el
Yo he reclamado también tu parte y he recibido
nes para ti.

El obrero se sienta, desabrocha su cinturón, lu
garrillo y expresa en todo él una gran satisfacción.

—¿Cómo va nuestra causa? ¿Nos vamos a
ler la cabeza?

—Hoy mismo lo habremos resuelto todo.

El vecino de Udaroff se inclina sobre la mesa para coger una cerilla y ve algunos pedazos de azúcar.

—Voy a coger un poco de azúcar para tu pequeño Sergio — dice.

—No; es necesario que haya para todo el mundo y no hay bastante. Nosotros debemos velar todavía toda la noche.

—Yo no quiero sino dos pedazos pequeños.

* * *

Sokoloff irrumpe en la habitación, soplando y extraordinariamente excitado.

—¿Dónde están nuestros guardias? Las cosas no están muy bien para nosotros en el Palacio de Invierno. Es necesario que hagamos algo en seguida.

Schura corre al Comité Revolucionario. Utkin se acerca. Todos los miembros entran aprisa y escuchan sin sentarse.

—Decía que estamos muy mal en el Palacio de Invierno. Los Junkers y los Batallones de la Muerte se han atrincherado. Nosotros debemos tener pérdidas muy fuertes, y nuestras primeras tropas están completamente agotadas.

—Voy a llamar a Smolny. Esperad un poco — dice Iván.

—Diga. ¿Smolny? ... — vuelve a llamar —. Diga ¿Smolny? ... La oficina número 47. ¿Ocupada? ¡Que os lleve el diablo!

—¿Por qué diablos telefoneas?

—¿De modo que tú crees que cada uno debe hacer lo que le dé la gana?

Telefonea de nuevo. Diga, diga. ¿Quién habla? Aquí, el radio de Wiborg. Sí; soy yo. ¿Qué pasa en el Palacio de Invierno? Sí... Sí... Bien, bien.

Iván deja el auricular, se calla unos minutos y dice después con un tono grave:

—Udaroff, ven conmigo al Palacio de Invierno. Los nuestros son bastante fuertes, pero es necesario que les animemos un poco. Debemos ir nosotros mismos. Tú a ver a tu gente y yo a la mía.

—¿Qué pasa? — pregunta Juroff entrando —. ¡Ah, con! Bien.

—Padre — dice Schura volviéndose a él: — yo tam quiero ir con ellos.

El viejo hace un movimiento apenas perceptible, mi detenidamente a su hijo, se acerca a él, le acaricia los b bellos y le responde, sonriente:

—Anda. Ya eres tan mayor como yo. Ya no eres crío. Anda.

Schura coge un fusil, se ata la cartuchera, examina pistola y dice levantando apenas la voz:

—Hasta la vista.

Udaroff coge un fusil y se dirige en silencio hacia puerta. Iván les sigue. El vecino de Udaroff permanec junto a la pared. Cuando los tres han salido, corre al e cuentro de Udaroff y le dice:

—Valor, Alexis. Yo le diré a María que estás en Estado Mayor. ¿Sí?

—Sí..., sí.

Y los tres desaparecen en las tinieblas. El viejo lan se pasa la mano por la calva, se sienta y se pone a hab de las cosas corrientes con Utkin.

* * *

Los tres van casi corriendo. Han pasado ya el pue de Sampsonevsky y entran en la calle Dvoyanskaja. Al nos faroles les pasan al galope. Del lado de la ciudad oyen descargas incesantes. De cuando en cuando le detien los puestos de guardia. Se diría que los centinelas surg de la tierra, se enfrentan a ellos y les preguntan con tono de amenaza: ¿Quién vive?

Cuanto más avanza, más aumenta su excitación. Se cuenta más y más precisamente del combate. La obsc dad de la noche esconde las fuerzas, escondidas en to partes, y que al amparo de la noche miles y miles de ho bres, con el arma al brazo, se animan con un solo de darle al enemigo un golpe mortal.

Llegan al [illegible]acio de la Kchessinskaia. Aquí reina

autos blindados pasan rodando pesadamente. Un sentimiento feliz estremece el alma de Udaroff: somos fuertes.

Delante de la fortaleza de Pedro y Pablo sienten en las sombras un raro movimiento. En el puente Troizky hay todavía centinelas. El paso está cerrado. No pueden pasar sino parlamentando largamente. En el Campo de Marzo adivina algo como una línea de tiradores. Los disparos brillan en la obscuridad... Corren... Los camaradas marchan a lo largo del muro del Palacio de Mármol. Les preguntan:

—¿Está por aquí el destacamento de Wiborg?

—Está al lado de la capilla. Ha recibido la orden de atacar. Pasad por la Moika. Por aquí no podréis pasar.

Una salva. Se oye el silbido de las balas. Corren, encorvados, hacia el cuartel de San Pablo. Preparan sus fusiles para disparar.

Todavía una salva más.

—¿Quién diablos tira así tan irregularmente? — pregunta Udaroff en voz baja.

—Yo tampoco lo comprendo. Esto está mal. No hay orden ninguno — responde Iván.

Se les hace muy difícil avanzar. El desorden reina en torno de ellos. Por fin llegan a la Moika. En el primer puente encuentran más centinelas. En el segundo están instalando una ametralladora.

—¿Pero qué hacéis, locos? — pregunta Udaroff sin poder contenerse.

—¿Y si se les ocurre salir? — le responde un guardia rojo.

—¡Paf! Lo único que conseguirás será herir a los nuestros... ¿Dónde están las gentes de Wiborg?

—Somos nosotros.

—¡Al fin!... ¿De qué fábrica?

—Parwaianen.

—¿Dónde están los de la fábrica N.?

—Allá abajo, en esa esquina. Pero es allá donde más tiran. Tened cuidado.

—Si quieres, Udaroff, anda a buscar a tu gente. Yo iré a ver a la mía y te seguiré. Si tú emprendes el ataque, yo te seguiré paso a paso.

—Udaroff, yo voy contigo — propone Schura.

—Ven, ven.

Udaroff y Schura se tiran al suelo y comienzan a ar sobre el pavimento frío y sucio. La zona en la que encuentran está verdaderamente castigada por el fuego. ro las balas pasan por encima de sus cabezas. Se arras es silencio, uno al lado del otro. Advierten ya la pue la entrada del Palacio de Invierno. Ven las barricadas madera delante de las puertas del castillo y los fogonaz de los disparos que parten del jardín del palacio. Ven t tras de hombres que, viniendo del Jardín de Alejandro fuegan a ellos. Súbitamente las balas se estrellan en el rededor. Les embarga un sentimiento de malestar. Agach instintivamente la cabeza y aguardan. Esperan el fuego las aspilleras del arco del puente. Les han visto palacio y dirigen el fuego sobre ellos. Udaroff y Sch se arrastran hacia adelante y ganan la esquina de la calle.

—¡Alto! ¿Quién vive?

—Amigos.

—¿Eres tú, Udaroff? ¿Por qué has venido aquí? — Grigorieff el que habla y se ve su alegría.

—¿Cómo va esto? Se dice que las pérdidas son m grandes.

—Esto marcha. Tenemos pérdidas, naturalmente. ro nuestros guardias han sido reforzados y calentados. V mos a intentar un nuevo ataque. ¿Ves ese movimiento e el lado del Almirantazgo? Parece que van a atacar por al ¿verdad?

—Sería conveniente ponerse en contacto con los allá — aconseja Udaroff.

—No; de aquí se les ve perfectamente. Espera aq Yo voy a ir hasta la esquina de la calle de los Millone Esos son también de nuestra gente. En cuanto avancen del Almirantazgo, atacad también. Yo os seguiré.

Udaroff reflexionó un instante.

—Bueno — dijo.

Los hombres se preparan al ataque. Examinan los vimientos que se hacen en el Almirantazgo y esperan. los, para lanzarse al asalto.

—¡Hurra! — estalla un grito en la esquina de la de los Millones.

—Muy pronto — exclama Udaroff.

Pero se lanza fuera de la esquina con Schura, los otros le siguen y todos avanzan hacia el palacio. Una lluvia de balas cae sobre ellos.

Aquí, uno que cae; allá, un gemido de dolor. Luego, otro que se desploma.

—¡No hay que aflojar, guardias, a ningún precio! — les grita Udaroff —. ¡Adelante! — luego —: ¡Detenemos!

—¡Vencemos! ¡Adelante! — responden de todos lados.

Se detienen un minuto. Las balas pasan por encima de sus cabezas. Enardecidos, reemprenden el ataque a carrera. Ya están casi en contacto con los otros. De la perspectiva Newsky, del Jardín de Alejandro, del Almirantazgo, escapan las amatralladoras. Esto estimula sus corazones y hace bajar el fuego de los adversarios.

Un ¡hurra! surge todavía de todos lados.

Ya están cerca de la barricada cuando el fuego bien calculado de los guardias blancos abate casi toda la primera línea. Involuntariamente, todos inician un movimiento de retirada.

—¡Por tierra! ¡No retiraos! Sería peor.

—¡En tierra!

El fuego de las ametralladoras siega a los asaltantes que no pueden tirar a ninguna parte, porque están delante de las barricadas de madera. Udaroff ve claramente el peligro. Un poco de pánico puede determinar la retirada.

—¡No os levantéis! ¡Continuad tumbados! — les grita.

El fuego de los Junkers cesa un instante. Pero en seguida lanza una nueva lluvia de balas. El orden se establece poco a poco en la fila.

—¡Hurra! — gritan de pronto al otro lado de la plaza.

Este ¡hurra! estalla ahora más cerca.

Inesperadamente, Schura se levanta de un salto tan grande como es y grita con todas sus fuerzas:

—¡Seguidme! ¡Seguidme!

—¡Hurra! — gritan por todas partes.

Udaroff se precipita sobre Schura. Pero en el mismo instante, éste da un gran grito, se lanza hacia adelante, como si callera, profiere un juramento, saca su revólver, dispara y se lanza hacia adelante y grita una vez más:

—¡Serafina!

Todos avanzan. Rompen todas sus fuerzas y se lanzan al asalto de la barricada. La toman y comienzan a tirar a la puerta. Antes se oyen todavía los gemidos. Los asedios se apoyan una vez más y tiran.

Udaroff se da cuenta de que los revolucionarios han recibido refuerzos por las dos alas. Ahora llegan también marineros.

Alguien grita:

—¡Han izado bandera blanca.

—¡Entremos en el castillo.

* * *

Era ya de día cuando Udaroff regresó al Estado Mayor. Ya se conocía aquí la toma del Palacio de Invierno. Todos estaban felices y la alegría resplandecía en sus rostros.

Udaroff estaba mortalmente fatigado. Sus piernas estaban como paralizadas. Pero en cuanto llegó al local del Estado Mayor sintió desvanecerse toda su fatiga ante la vista de los guardias congregados en la gran sala. El dolor de los pies desapareció como por encanto.

—¡Udaroff! ¡Udaroff! ¡Aquí está! — gritaron los guardias rojos al verle.

—¿Cómo está Schura?

—Dame tu fusil para limpiarlo.

—Dime qué piensas tú. ¿Crees que los guardias de Erikson se han batido mal?

—Más tarde, más tarde, muchachos. Dejadme pasar. Schura ha ido a curarse. Está mejor.

—¡Hurra, Udaroff! — gritaron los camaradas en cuanto le vieron entrar por la puerta de la habitación del Estado Mayor. —¿Dónde está tu gabán?

Un infiernillo ardía en la habitación. Sobre la mesa había un samovar. Los camaradas estaban sentados o tendidos, o echados en torno. Unos estaban comiendo, otros fumando, cantando, riendo. Hasta Iván estaba

El viejo Juroff tenía el aspecto del que acaba de sa-
lir de un gran peligro. Su figura expresaba una intensa ale-
gría. No pudo contenerse, y preguntó:

—¿No es verdad que mi Schura es un gran muchacho?

—Asombroso. Un verdadero pura sangre. Un poco
rrio, pero vale mucho. Yo mismo le he llevado al hospital
de Pedro y Pablo. Le han examinado la herida en mi pre-
sencia. Una bagatela. Dentro de pocos días podrá regresar
al combate.

Juroff le sirvió té a Udaroff. Los dos se sentaron en
el sofá. Luego, Juroff dirigió su atención a la disputa entre
Utkin y Sokoloff.

—Déjanos de contarnos tantas historias de entusiasmo
y de solidaridad — dijo, inflamado, Utkin —. Esa no es
una demostración. Nosotros tomamos el Poder, y ¿quieres
decirme cuándo y dónde esto se ha realizado sin combate?

—Yo te estoy diciendo la misma cosa. La burguesía se
ha afeminado. Los mencheviques y los social-revolucionarios están destrozados. Y sólo nosotros, nosotros, somos la
fuerza.

—Tú exajeras siempre. ¡La fuerza! Tú estás en este
momento en Petrogrado, en el muelle de Wiborg. Espera
siquiera a que se hayan batido tan sólo en Moscú y en Ucra-
nia. Entonces podrás decir que los nuestros han vencido.
No me gusta tu ligereza.

—Tu pesimismo no lo hace mejor.

—Vosotros sois una banda sagrada.

—Agrega una banda sagrada de hombres valientes —
bromeó Jumy.

—¡Idos al diablo! Antes de la toma del Palacio de
Invierno, vosotros decíais que era demasiado duro.

—Sí, sí, — insistieron los otros con ironía.

—Pero yo habría dicho...

—¡Ja, ja, ja! Le ha dolido — dijeron los otros, cortan-
do las palabras de Sokoloff.

—Es necesario que vayamos a relevar a los centine-
las — dijo Utkin, levantándose. Después, al pasar, le tocó
amistosamente el hombro a Sokoloff.

—Sin duda, vendrán tiempos mejores; pero, por el mo-
mento, debemos contar con lo peor.

En la puerta se encuentra con el "Tío". El joven ve
sus jóvenes camaradas están con él.
—Ya ya. Casi podemos tener una sesión del Co
de ruso. Jenny preside — dijo entrando un joven obrero
ya! — gritó alguien parodiando los gritos que se oían en
calle.
—¡Oh, sí! Te entregas ya a las corrientes anarquistas
—le respondió Jenny riendo.
—Silencio. Contadnos cuál es la situación de Smolny
pregunta Ulianoff.
—Dejadme contarlo a mi — dijo un joven obrero
el "Tío" es demasiado seco.
—Tregua de bromas — dijo Jenny —. Vamos, "Tío
resultado. Kerensky ha huido. ¡Que se lo lleve el diab
La ciudad entera está en nuestras manos. Nosotros hem
pasado esta noche por las calles principales. En todas
partes están instalados nuestros puestos de guardias, se ha
levantado barricadas y arden las hogueras de los puestos
—Dinos algo de las cuestiones interiores.
—¿Qué más queréis saber? El Comité revolucionario
se ha constituido definitivamente. Los social-revolucionarios
han entrado en él, aunque nosotros no tengamos necesidad
de ellos. Ellos no hacen sino hablar y hablar.
—¿Y cómo se portan nuestros vacilantes?
Eso depende... Pero la mayoría participa en todo.
Hay algunos entre ellos que esperan los acontecimientos
—Será necesario quemarlos un poco.
—Hemos tenido pérdidas muy serias. Son, sin embar
go, menos serias de lo que podríamos haber lamentado.
—Eso significa que se han batido en todas partes con
valor y decisión.
—No en todas partes, naturalmente. En la Central Te
lefónica las cosas han ocurrido de la manera siguiente. Los
Junkers se armaron como para ir a hacer el reiews. Los
nuestros, sin verles más que las puntas de las narices, se
entregaron los puestos y regresaron a su campamento. Los
Junkers cortaron inmediatamente las comunicaciones.

ellas con Smolny y con los radios. En seguida pidieron refuerzos y se atrincheraron... Un verdadero escándalo. Lashevich llegó con sus guardias. Ya estaba obscuro y era muy difícil reconocer a la gente. Dejó sus tropas en puerta, pasó sólo los centinelas y entró resueltamente en el patio. Oyó el ruido de los cerrojos de los fusiles, pero no perdió la sangre fría y gritó: "¡Armas al suelo!" En este momento, todos sus hombres se precipitaron en el patio y se apoderaron de los Junkers, sin hacer un solo disparo.

—¡Formidable!

—El bombardeo del Palacio de Invierno ha tenido también sus detalles curiosos. Se había enviado un poco de gente a la fortaleza de Pedro y Pablo. Estos le pidieron a la guarnición que disparara dos o tres obuses. ¿Sabéis lo que les respondieron? Que sus cañones no servían sino para hacer salvas. Felizmente, el **Aurora** había llegado ya.

—¿Qué se sabe de Moscú?

—Parece que no va muy bien. Se ha dejado pasar el momento, y ahora es más difícil.

—¿Has visto a Lenin?

—¡Naturalmente! Tiene un aspecto cómico. Está completamente afeitado.

—¿Se ha abierto el Congreso?

—Sí. Se ha abierto. Víctor nos contará eso.

—Cuenta, cuenta — le gritaron unos cuantos al joven obrero.

Ya os lo había dicho que no podríais pasaros sin mí.

—No te hagas el importante, y cuenta.

Se oyó un automóvil bajo la ventana. Utkin se acercó a ver qué era. Pero un miembro del Comité de Petrogrado había entrado ya. Traía un paquete de periódicos bajo el brazo y detrás de él subieron dos paquetes más grandes todavía de folletos.

—¡Buenos días! Esto, para vosotros. Distribuirlo en las fábricas.

—¿Qué hay de nuevo? — preguntó Jenny.

—Mañana no se trabajará y se organizarán reuniones.

—Y se marchó tan aprisa como había llegado.

—Anda, Víctor, comienza. Tenemos necesidad de descansar un rato.

—Voy a resumir. Hemos visto allí cosas que no volveremos en nuestra vida. Nuestros hijos hablarán de este Congreso.

Víctor pronunció estas palabras insignificantes con un tono de tanta importancia que en seguida se captó la atención de todos.

—Llegué a la sesión un poco antes de abrirse. Logré encontrar sitio entre las columnas. Estaban allí, en la primera fila, Berzelli, Dan, Awkentieff, Bogdanoff, Abramovitch y otros social-revolucionarios y mencheviques. Tenían el aspecto de perros derrotados. La sala hervía como una colmena que la agitaran con un bastón.

Dan abrió la sesión y comenzó a decir:

"El Congreso se ha reunido en circunstancias difíciles y se ve obligado a comenzar su trabajo en condiciones extremadamente anormales".

La gente se preguntaba qué se había hecho de su arrogancia habitual.

Se eligió el buró. Casi todos eran de los nuestros. Martoff ocupó la presidencia y los social- revolucionarios y los mencheviques abandonaron tristemente el estrado. Los aplausos resonaron con tanta fuerza, que daban la impresión de que, de un momento a otro, se iban a derrumbar las columnas y las paredes.

Martoff pidió la palabra, para hacer una declaración. Con su voz aguda y temblorosa, habló de los hombres a quienes se perseguía y propuso que el Congreso interviniese en los acontecimientos para evitar que siguiera derramándose sangre y para liquidar la crisis por la vía pacífica. Lunacharsky habló en nombre de la fracción bolchevique. Declaró que los bolcheviques no hacían ninguna objeción a lo propuesto por Martoff y pidió que se nombrara una Comisión para que esclareciera quién tenía razón. En este momento la tensión del Congreso es extrema. Todos sentían que nuestros adversarios buscaban un pretexto cualquiera para disputar con nosotros y que no podían encontrar ese punto de ataque. Algunos gritaron: "¡Al grano, al grano! ¡No perdamos el tiempo inútilmente!"

Pero el presidente continuó dando la palabra unas veces a unos, otras veces a otros para hacer toda suerte

declaraciones. Nosotros esperamos tranquilamente; pero, al fin, llegamos a perder la paciencia.

dores bolcheviques y de la defensa nacional.

Kutschin, del Comité del frente, habló de los usurpa-

—"¡Abajo! ¡Abajo!" — gritó el mismo Congreso que le había nombrado delegado.

Un soldado del frente, de cabellos grises, con el uniforme destrozado, saltó a la tribuna y, sin pedir la palabra, se puso a gritar:

—"Los rojos no tienen que hacer discursos. Que hagan una excursión a las trincheras".

—"Muy bien, muy bien" — aprobó la asamblea.

—Creo que me estoy extendiendo demasiado — se interrumpió Víctor.

—No, no; continúa.

—Terminamos por perder la paciencia, cuando Avksentieff comenzó otro discurso. Los delegados se pusieron en pie y comenzaron a enseñarse los puños. Se llegó hasta las amenazas directas. Kameneff gritaba, agitaba la campanilla, se ponía en pie, sin conseguir nada. En cuanto se hablaba contra los bolcheviques, la sala se ponía en pie. En cuanto se hablaba en favor de ellos, los aplausos eran atronadores.

Por último, el social-revolucionario Herdelmann comienza a gritar como un histérico:

"Se está bombardeando el Palacio de Invierno y están cayendo los mejores hijos del pueblo. Que me sigan los devotos de la revolución. Nosotros vamos a hacer con nuestros pechos una trinchera para nuestros amigos".

Veinte o treinta hombres se levantan y salen, perseguidos por los latigazos que les lanza Trotsky en su discurso.

—"La Revolución no tiene necesidad de que la legitiméis. ¡Id! El proletariado insurreccionado os hará polvo, pobres hombres. Os aplastará en su marcha de hierro. Y os precipitará en las tinieblas de la historia".

Después de él habló un representante de la fracción bolchevique en el Consejo municipal:

—"Camaradas, nosotros hemos venido hoy para morir o vencer con vosotros".

El Congreso se levantó como un solo hombre y lanzó un torrente de risas irónicas a los que salían.

Se aplaudía al orador, se gritaba: "¡Hurra! ¡Viva el Poder de los Soviets!" Las gorras volaban en el aire. Un intelectual, que estaba junto a mí, se preguntaba, pálido de terror:

—"¿Qué es esto? ¿Qué significa todo esto?"

—¿Es así como se abrió la sesión? — dijo el joven obrero a manera de conclusión.

—Sí — agregó Juroff, pensativo.

—El principio está muy bien, camaradas — dijo Lenin —. Un golpe más, y la victoria es nuestra.

* * *

Se callaron. Cada uno, reflexionando, hacía el balance del primer día de la revolución. Todos revivían una vez más el pasado, y sus corazones latían al unísono como un solo corazón. Aunque ya había llegado la mañana, todos se sentía fatigado. Todos sus pensamientos y todos sus movimientos se despertaban esa mañana para una vida nueva. Trabajaban sin dormir, sin comer y sin noción del tiempo ni del día.

Jenny fijó dónde debía hablar cada uno de los presentes dentro de tres horas. Juroff discutió con Iván sobre el número de personas para las cuales era necesario preparar comida. Udaroff y Utkin distribuyeron los puestos de la Milicia y de la Guardia roja. En la habitación de al lado se oyeron pasos y golpes en el suelo. Era el relevo de la guardia.

* * *

¿Cuántos nuevos seres vendrían al mundo esa noche y cuántos llegarían al día siguiente?

—¡Querido mío! — dijo María, precipitándose hacia Udaroff.

—¡Papá, papá! Hoy he salido de paseo — dijo el pequeño Sergio, cogiéndose a la chaqueta de su padre.

—Yo sabía que estabas en el Palacio de Invierno; yo lo sabía — agregó María.

—Hoy hemos jugado a la Guardia roja — insistió el pequeño.

La mujer y el pequeño no cesan de hacerle fiestas a Udaroff. La acogida es cálida y fervorosa. El se siente altamente emocionado.

—Y bien, ¿cómo estás tú, madrecita? ¿Has comido?

—Hasta ahora, hemos podido encontrar casi de todo.

—Entonces, los Soviets valen más que el zar.

—No te lo puedo decir todavía, Alexis. Si sigo trabajando en la fábrica, podré reponerme.

—Todo mejorará. ¿Quieres continuar trabajando en la fábrica?

—¡Naturalmente! En una época como ésta...

—¿Qué época? — preguntó Udaroff, riendo.

—Si un hombre como tú es el jefe, los obreros tendrán, seguramente, mejor vida. Ya no habrá más injusticias.

—Entonces, como yo soy el jefe, tú me pides trabajo.

María se queda con la mirada perdida, el mentón entre las manos, sumida en sus pensamientos y, luego, responde en voz baja:

—Nosotros no necesitamos nada. Seguiremos viviendo como hemos vivido hasta ahora. Con que tengamos para comprar pan y educar a nuestro pequeño...

* * *

Udaroff se levanta, como siempre, a las siete de la mañana. Es su costumbre. Sale de su casa como cada día a la fábrica. Los tranvías no circulan. Se va a pie. Hoy, la calle tiene una impresión de fiesta. Los mismos puestos de guardias vigilan todavía. Las hogueras humean. Se encuentran a muchos hombres armados. La calle ha cambiado de aspecto. No se percibe más el estado del asedio, sino la actividad de un día de fiesta. El tiempo es claro y bello. Hace un poco de frío.

Nadie puede quedarse en casa. Las calles están llenas de una multitud que discurre de un lado a otro, hablando en voz alta, cambiando su impresiones. Muchos se agrupan a contar lo que han visto. En el centro, cerca de las fábricas, se forman grandes grupos que aumentan sin cesar. El aspecto de la ciudad cambia más y más. Se ve menos la Policía. Se siente uno libre. Las banderas rojas flotan en las fábricas. En lo alto de una chimenea de una fábrica de tejidos se ha colocado una gran bandera roja.

La ciudad se ha convertido en otra.

"¿Dónde están los pequeños burgueses, dónde está la burguesía? — piensa Udaroff —. Se han enterrado. Tienen miedo, sin duda, de que los maten. Ellos nos juzgan como ellos son. ¡Cuántos crímenes ha cometido Davidoff! Sin embargo, se ha decidido ponerlo en libertad..."

* * *

Udaroff va a la fábrica. Todos los obreros están allí. Los talleres donde debe celebrarse la reunión están llenos de gente y de ruidos.

Grigorieff viene a su encuentro y le dice:

—Mira, hermano, qué contentos están todos de que hayamos derrocado al Gobierno. ¡Y qué bien lo ha hecho todo el diario! El Gobierno provisional se ha declarado depuesto. Todo el Poder pasa a las manos de los Consejos de Obreros, Campesinos y Soldados. ¡Famoso!

—Hasta las calles han adquirido otro aspecto.

—Por aquí, no hay todavía nada de particular. Pero en nuestros barrios, la ciudad está desconocida. No se ven señores, y, si por casualidad uno de estos pérros se atreve a salir, va como si llevara al diablo en sus pantalones, y mira constantemente, lleno de angustia, a todos lados.

—Yo le he hecho pasar a uno de ellos un miedo terrible. Imaginate que estaba signándose delante de una capilla que hay detrás de la Academia Militar. Yo le grité: Ahora está prohibido rezar, y él en seguida ha echado a correr como un gamo. ¡Ja, ja, ja!

—Sí. Pero no debe hacerse eso.

—¡Bah! No fué sino una broma.

—Pero, ¿qué has ido tú a hacer por allá? Tú vives cerca de la estación Nicolás.

—Fuí a Smolny. No podía resistir más. Es allí donde está nuestro Gobierno.

—¿Y te han dejado entrar?

—Me he quedado fuera. ¿Qué querías tú que fuera a hacer dentro?

—¿Y después?

—Es interesante — respondió vivamente Grigorieff —. Han colocado centinelas a todo alrededor. Hay tres líneas de puestos y detrás un auto blindado. Delante de la puerta hay dos cañones y una gran cantidad de gente circula incesantemente. A cada momento llegan grandes camiones llenos de periódicos y de volantes. Es un edificio enorme y todo está lleno de gente.

Grigorieff se calla, reflexiona un instante y agrega:

—Yo quisiéra estar en Smolny para montar la guardia.

* * *

Ya está bien avanzada la noche, y en el Comité revolucionario y en el Estado Mayor se está todavía en pleno trabajo. En la sala no hay menos gente que en los días anteriores. Llevan a muchos arrestados. Alguien conduce a un cura.

—¿Por qué lo has detenido? — pregunta Ulkin.

—Porque es un cura — responde el guardia rojo, con un acento triste.

—¿Qué ha hecho?

El cura permanece muerto de miedo y el guardia se calla, sin comprender.

—Está usted libre — dice Utkin, volviéndose al cura. Puede usted marcharse.

Después comienza a explicar al obrero que no se debe arrestar a un cura solamente porque es un cura. De ser un partelero, por su apariencia. Lleva un vestido bastante sencillo, una gran panza y barba.

—Yo no soy un burgués cualquiera — dice —. Yo estoy siempre con el pueblo. Me han quitado hasta la mía.

—¿Qué le han quitado a usted?

—Cinco sacos de harina blanca, dos de azúcar...

—Un momento. ¿Tiene usted un establecimiento o hace usted el comercio?

—A eso no se le puede llamar comercio. Trabajo con dos compañeros y tres aprendices.

—¿Y le parece a usted poco? No trabaje más con mano de obra de otro. Trabaje usted mismo, y nadie...

Los obreros y los pobres diablos vienen a buscar Udaroff para exponerle sus quejas.

Un obrero viene a decirle que conoce un establecimiento donde han escondido harina.

—Apoderaos de ella, muchachos, y llevadla a la cooperativa.

—Bien.

—Nos están robando — viene a decir a su turno un viejo —. Ya nos han robado toda nuestra leña. Si decimos una sola palabra, nos amenazan con expulsarnos.

—Venga mañana a decirlo al Comité. No se expulsará por una cosa así no será expulsado. Por el contrario, recibirá felicitaciones.

—Su casa es un verdadero escándalo. Cada noche va chicas de la calle y otras malas compañías. El barrio oculta todo esto — viene a decir una obrera, temblando de es?

—Estaré tranquila, que ya no lo ocultará más.

* * *

Es ya tarde de la noche. Acaba de abrirse la sesión del Comité revolucionario.

—Nos es necesario reglamentar nuestro trabajo — dice Juroff —, repartirlo en varias comisiones. También nos es necesario buscar otro local.

Iván hace diversas proposiciones. Propone ir, con varios camaradas, a la Alcaldía. Propone que los miembros del Comité revolucionario se repartan en comisiones, ocupen los edificios y se pongan, sencillamente, a trabajar. Juroff presidirá y conducirá el barco. Comienzan inmediatamente a discutir sobre las fronteras del dominio de cada uno. Algunos hacen observaciones llenas de ingenuidad.

—Si me dais el hospital, la Cruz Roja me pertenece también — dice uno, lleno de celo.

—El hospital es una cosa, la Cruz Roja es otra — le responde Udaroff —. Si tenemos todavía que batirnos, el hospital se quedará aquí y la Cruz Roja irá a la batalla.

—Así — discute Sokoloff —, más puestos harán los arrestos y Utkin decidirá la suerte de los arrestados.

—Es necesario que sea así — respondió Utkin —. Hay que estudiar el caso de cada uno y decidir en seguida lo que se debe hacer. Tú no puedes hacer eso.

Se decide que el Comité revolucionario debe ocupar un nuevo inmueble. Se examinan en seguida cuáles serán las comisiones que deberán ocupar un inmueble particular para ellas. Se elige el Comité directivo.

Después de la sesión, Juroff vino a encontrarse con Uradoff, y le dijo, pensativo:

—Esta vez, ya tenemos el Poder y no parece que sea muy difícil ejercerlo.

* * *

Los dos días siguientes pasaron en un trabajo intenso. De la mañana a la tarde era un entrar y salir continuo. La publicación de los decretos del Gobierno

provoca la rabia bestial de la grande y la pequeña burg
sía.

Ulain está fuera de sí.

—¿Qué esperan en Smolny? Lee lo que dicen e
perros de burgueses: "El Gobierno provisional ha tom
una actitud heroica, declarando que no dejará el pod
los usurpadores".

—Se baten en Moscú, no sabemos lo que pasa e
fuera y aquí se tolera la contrarrevolución.

—Convoquemos al Comité de radio.

—Bueno. Yo llamo a Jenny en seguida.

Viene más gente, llegan más periódicos. Es impos
ligar el Comité revolucionario. Apenas si se pueden c
bar unas cuantas noticias con los recién venidos.

Udaroff trabaja en silencio. Cada cuestión promu
docenas de otras. Sin embargo, él consigue resolverlas
das. Comienza a dominar su trabajo, a saber distinguir
diferentes detalles y a sentir más y más claramente q
desempeña un poco mejor y un poco más profundame
cada día lo que le han confiado.

* * *

El Comité de radio no puede reunirse hasta muy t
de. Se decide a comenzar, como siempre, por las inform
ciones.

Jenny toma la palabra.

—En Moscú la lucha ha llegado a su punto álgido. L
radios están casi todos en nuestras manos. Pero los Junk
se han fortificado en el Kremlin y los nuestros se han d
do sorprender en una de las puertas. Los Junkers han ve
to a entrar, han matado a la mayor parte de nuestros
maradas y se han atrincherado en la fortaleza. En lo q
concierne al frente, las únicas noticias que tenemos vie
del Ejército del Norte. Las tropas se han sublevado y h
formado un Comité revolucionario.

—¿Cómo van las cosas en la ciudad?

—Todo está tranquilo. Los ferroviarios están en h
tonterías y se niegan transportar un destacamento de
cineros a Moscú. En los ministerios los [illegible]

quieren reconocer a nuestros ministros. El sabotaje co-
menza.

Suena el teléfono. Utkin descuelga el auricular.

—El Comité de radio está completo. ¿Cuándo vas a venir? Bueno. Les prevendré.

—Es Víctor que llamaba — dice Utkin a la asamblea—. Dice que se trata de un acontecimiento urgente y ruega a los camaradas de permanecer aquí.

La cosa debe ser urgente, en efecto. Víctor llega en auto, con la expresión más seria que nunca.

—Tengo que daros dos noticias. En primer lugar, los Junkers se han sublevado en la ciudad. Sus principales puntos de apoyo son el castillo de Ingenieros y la escuela Wladimir. Están deteniendo a nuestros camaradas y los conducen allí. Después, Kerensky viene sobre Petrogrado, con tropas del frente. No sabemos todavía con cuántas fuerzas cuenta. Pero ya han ocupado Gatchina.

Todos abren los ojos.

—¡Bien, bien! — silba Utkin entre dientes.

—Yo estaba trabajando en la habitación número 47 — dice Víctor, continuando su relato — cuando entró Lenin bruscamente, preguntando: "¿Hay aquí algún miembro del Comité de Petrogrado?"

—Yo soy, Wladimir Ilitch — respondí yo.

—¿Podéis convocar una sesión inmediatamente, aunque sea reducida? Pero hacedlo en seguida, que yo os explico — me gritó Lenin cuando yo salía.

En pocos minutos reuní cinco miembros del Comité ejecutivo. Lenin venía ya delante de nosotros por el corredor. Se veía que no había tenido paciencia para esperarnos en la sala. Nos metió en la primera sala que encontramos. Apenas entramos, muy serio, sin sentarse, nos dijo: "Kerensky ataca Petrogrado. Debemos organizar la defensa en seguida. Es necesario hacer inmediatamente trincheras alrededor de la ciudad y rodearla de una alambrada. Esta misma noche hay que coger todos los depósitos de picos, de palas y de alambres con púas que haya en las fábricas y ponerse a la obra".

Nosotros escuchamos en silencio. De pronto Stutsky dijo: "Ahora es demasiado tarde; mañana por la mañana

podrá hacerse todo eso". Lenin se volvió vivamente, le
ró y le interrumpió con un tono severo: "Debes ir
guir. Vosotros, camaradas, debéis colocarle un par de
días rojos y obligarle a dormir hasta que se harte. Un
bre no puede trabajar en ese estado".

Hubo un silencio penoso. Stutsky se calló. Des
se promovió una discusión sobre la mejor manera de
zar las proposiciones de Lenin. Por último, se tomó el
do de que cada uno partiera inmediatamente para se
a organizar el trabajo.

—¿De modo que Ilitch se ha enfadado? — pregu
Jenny.

—No, antes de partir se acercó a Stutsky y le
cariñosamente: "No he querido ofenderte. Pero te va
desplomar. Duerme bien tres o cuatro horas. Así te
rás un servicio a ti mismo y a la causa. Esto no pue
mancharse". En realidad, Stutsky no ha dormido
hace dos noches.

—Bueno, bueno; ya nos contarás todo eso más tar
Ahora, al grano. Yo propongo las medidas siguientes:
Udaroff, te vas a la fábrica y a la Erikson. Nosotros va
a reclutar algunos centenares de guardias... Víctor, ¿
de es necesario cavar trincheras?

—Detrás de las fábricas Putiloff y en los alrededo
de las fábricas Ubuckoff.

—Bien. Manda a todo el mundo para allá. Tú, Iv
coge a tus guardias y abre todas las quincallerías. Ulia
avisará a la Guardia roja y la tendrá lista para el combat
Jenny y yo iremos a organizar los contactos indispensable
y a informarnos dónde es necesario enviar nuestras gu
dias.

—¿Es necesario preparar también los caballos y
coches? — agregó Udaroff.

—Naturalmente. Hay que requisionar los caballo
los camiones. Nosotros nos ocuparemos de ello.

—Partamos — dijo Iván, dando un puñetazo en
mesa.

—¡Valor, muchachos! — gritó Víctor —. Voy a la
Vassilieff. Allí hay alambre con púas.

* * *

La noche es negra. Llevue sin cesar. No se ve casi a nadie. Los centinelas marchan de un lado a otro. Las linternas lucen todas, humeantes. La calle está triste, húmeda y fría.

Udaroff, absorto, pensando en la defensa, marcha rápidamente entre la lluvia. El frío y la humedad de la calle le hacen temblar de cuando en cuando. La contrarrevolución hace hervir su corazón de rabia. No camina ya, corre. Hay que reunir a la gente para enviarla lo más pronto posible contra el enemigo.

* * *

En la fábrica Erikson encuentra unos ochenta hombres, la mitad montando la guardia. ¿Qué hacer? Udaroff comienza a irritarse.

—Es poco — dice —. Tenemos absoluta necesidad de mucha gente más, y en seguida...

—Vamos corriendo a las fábricas vecinas y reuniremos unas cuantas docenas.

—Bueno; pronto, muchachos.

En la fábrica N., no se encuentra sino un centenar de hombres y se envía a buscar más en las fábricas vecinas.

—Vamos, cuenta, Udaroff. Tendremos cerca de doscientos. Ahora se trata de no perder demasiado tiempo. Ya son más de las dos. Yo mismo iré a Renault.

Fuera, comienza a amanecer. La lluvia ha cesado. El cielo se esclarece. Udaroff casi ríe.

—Esto va bien. Será más fácil construir las trincheras.

* * *

En el Estado Mayor se trabaja activamente. Schura ha regresado, y esto ha llenado a Udaroff de alegría. La gran sala está todavía llena de gente. Utkin, pálido de tanto trasnochar, va de una habitación a otra.

—¿Cómo van las cosas — le pregunta Udaroff.

—Nos telefonean de Smolny. A cualquier precio hemos haber liquidado a los Junkers al mediodía. Contaríamos mucho.

—¿Puedo ayudarte?

—Encárgate mejor de las trincheras. El viejo está completamente agotado. Iván no está. Temo mucho no pueda terminar.

Utkin tiene razón. Se ha enviado mucha gente a las trincheras. De pronto llegan unos quinientos hombres, jurando y dando grandes voces.

—¿Por qué me retenéis aquí?

—¿Quién os ha enviado aquí? — le pregunta Udaroff. Ahora no os necesitamos.

—Nos han enviado de las fábricas.

Udaroff comprende que es una falta suya, porque lo por todas las fábricas diciendo que necesitaba hombres trincheras; pero todo el que quiera batirse contra Kerens puede quedarse aquí.

—A nosotros nos han hecho venir para trabajar para batirnos — dice una voz.

—Yo he dicho todo el que quiera.

—Pues nada..... ¿dónde nos van a dar las armas? sario enviar a esta gente? — pregunta alegremente Udaroff

—¿Qué gente? — pregunta a su vez Utkin, que comprende en el primer momento.

—Todos éstos.

—Bien, camaradas. Escoged vuestro jefe y marchad a Smolny.

—¡Adelante! ¡Adelante!

—Ya capeamos el temporal — dijo Utkin, volviéndose a Udaroff —. ¿Cómo has hecho tú para ganártelos? —No lo he ganado. Han venido ellos solos. —Telefonea a Smolny para que los equipen y lo antes lo más pronto posible.

Jenny entra.

—¿Dónde se puede encontrar a Victor? Es urgente.

que vaya en seguida a la fábrica Metal. El social-revolucionario Schilin va a hablar allá...

—Estará posiblemente en Smolny.

—No. Ya le he llamado allá. Toda la mañana le estoy buscando y el mitin está comenzado ya.

—¿Has telefoneado a la fábrica? — le preguntó Schura.

—Ni siquiera lo he pensado. Voy a hacerlo ahora mismo.

A pesar de todos su esfuerzos, Jenny no puede encontrar a Víctor. El mitin es, sin embargo, importante. Los social-revolucionarios han tenido siempre influencia en las fábricas Metal y los obreros de éstas se distinguen por su estado político marcadamente retrasado.

• • •

Ivin trae noticias. Ha ido a las fábricas Putiloff. Las trincheras construidas detrás de estas fábricas están terminadas. Los primeros grupos de obreros llegaron y comenzaron a trabajar antes del amanecer.

—Por el zar no se podía trabajar así...

—¿Y Kerensky?

—Creo que ha ocupado Zarcoeselo y que se acerca a Pulkowo.

—¿Los nuestros aflojan?

—No, no aflojan. Una gran masa de tropas marcha contra él, exactamente como en la verdadera guerra. Además, los navíos están emboscados en el canal y sus cañones se dirigen a Pulkowo.

—¡El Palacio de los Ingenieros ha sido tomado! — grita Schura.

—¿Cómo lo sabes tú? — le pregunta Utkin.

—Mi padre está hablando de ello en la sala con los muchachos.

—Que venga aquí en seguida... ¡Ah, espera! Aquí está.

El Palacio de los Ingenieros ha sido tomado. En la escuela Wladimir las cosas no van tan bien, pero hemos enviado todas nuestras fuerzas...

—Se avanza — dijo Utkin —. Tú viejo, quédate aquí. Yo voy un momento a Smolny.

* * *

Alguien ha avisado a Víctor que debe presentarse en la fábrica Metal y ya está el mitin. El mitin se realiza en el patio. Hay unas seis mil personas. Víctor se siente un poco emocionado al subir a la tribuna. "¿Querrán escucharme?", piensa. Pero todos le miran y le escuchan con atención. El orador tiene, y su voz se hace fuerte y potente.

—En nuestra fábrica hay todavía quienes miran los acontecimientos actuales como enemigos. Yo les interrogo y les pido responderme delante de la asamblea. ¿Qué intereses defienden los social-revolucionarios y los mencheviques? Los obreros se baten como un solo hombre por los Soviets. La contrarrevolución se dirige contra los Soviets. En este momento se están batiendo en Zarcoeselo y en la escuela Wladimir; es una lucha a muerte, sin piedad. De un lado se baten los Junkers, los generales, los oficiales; del otro, los obreros. ¿A quiénes sostienen los social-revolucionarios? Que no vacilen en responderme y que vengan aquí a manifestarse clara y francamente, como lo hacemos nosotros. Nosotros decimos: camaradas, sostened a los soviets, abatid la contrarrevolución.

Estalla una salva de aplausos, que se prolonga largo rato, y Víctor continúa con más calor:

—Nosotros hemos llamado a los trabajadores a la insurrección. Nosotros les conducimos ahora a la victoria o a la muerte. Decidme, ¿cuál de vosotros puede creerse cobarde? ¿cuál de vosotros se quedará sin tomar parte en la lucha?

Los aplausos se reproducen frenéticos.

Y Víctor concluye:

—¡Todos al combate! ¡Abajo la burguesía! ¡Abajo los social-revolucionarios! ¡Abajo los mencheviques!

Se queda en la tribuna. Siente la tensión de todos y no quiere marcharse.

Un obrero pide la palabra. Sube a la tribuna con su fusil y habla rápidamente:

—Dentro de una hora nosotros marchamos sobre Gatchina. No regresaremos sin la victoria.

Luego habla una obrera:

—Nosotras partiremos con vosotros, para curar a los heridos.

Cuando Víctor llega al Comité revolucionario, Jenny le recibe inquieta:

—¿Dónde estás tú?

—En la fábrica Metal.

—¿Cómo está eso?

—Así, así... — y cuenta lo ocurrido.

* * *

—Hemos tomado la escuela Wladimir — dice Sokoloff, precipitándose en la sala —. ¡Ha sido duro! No se podía uno acercar por ningún lado. Las calles son estrechas. Hemos tenido que tirar con cañones Greigoll. Y, ahora, muchachos, me voy al frente...

—¿Puedo ir yo también? — pregunta Ufaroff.

—¡Oh, no!... Tú no puedes ir — protesta Iván —. ¿Quién se va a quedar aquí? Aquí también hay que hacer cosas importantes...

—Perfectamente — agrega Jenny —. Seguramente nos pedirán más tropas. Yo os aconsejo, a ti y a Iván, dormir un poco hasta la tarde, y esta noche estaréis bien...

* * *

Esto se convierte en una costumbre. Al atardecer, los militantes responsables del partido se reunen en el Comité revolucionario y cambian informaciones sobre el trabajo. Hoy se han reunido, además de para ésta, porque a cada minuto el frente puede tener necesidad de ayuda y de refuerzos.

—Utkin ha cogido a un muchacho detenido por carterista y lo ha dedicado al servicio. El muchacho busca el

agua para el té, busca pan, limpia la sala del Estado M
yor, lleva las cartas y lo hace todo con entusiasmo y co
ciencia.

—Llegaremos a hacer de él un hombre — agrega Ulia

Jenny trae noticias sobre las cuestiones interiores d
partido. Todos escuchan atentamente, porque se trata d
una cuestión apasionante.

—El Comité de Petrogrado ha convocado para hoy
una reunión de militantes. Se trata de las divergencia
tales y de que un cierto número de camaradas se ha re
rado de los trabajos activos del partido. Todos estaban e
tremadamente nerviosos y la excitación era más intensa q
de ordinario.

—Lo creo — afirmó alguien.

—La mayor parte de los camaradas plantearon la cue
tión en la forma de un ultimátum. Los vacilantes deb
resolver inmediatamente sus funciones o expulsarlos d
partido. Un miembro del Comité de Petrogrado, que vie
de llegar de Moscú, dijo: — ¿Podemos plantear así la cue
tión en el momento en que estamos batiéndonos, cuan
están muriendo nuestros camaradas? Ilitch estaba tambi
Se le veía deprimido, aunque muy nervioso. Tomaba no
rápidamente con un lápiz pequeño en un pedazo de pap
Después tomó la palabra y sostuvo el ultimátum, más m
daz que de costumbre.

—Es un hacha Ilitch — no pudo contenerse de exc
mar Ulkin.

Después de largos y cálidos debates, la asamblea acor
dó por unanimidad exigir de la oposición una respuesta d
ra y terminar de una vez con las vacilaciones. En segu
da se reunió en sesión el Comité Central. La crisis esta
quidada.

Jenny había terminado. Todos se callaron. Uda
roff, dijo en voz baja, como si se hablara a él mis
—Es una cosa mala... En un momento como ést
réis cómo todos vuelven al trabajo — dijo Ulkin. Y
los demás fueron de la misma opinión.

—¿Cómo van las cosas en Moscú? — preguntó Ud
—Mal. Se están librando verdaderas batallas. La

llaría interviene. Se dice que una bomba ha caído en la iglesia de San Basilio. (Uno de los mejores monumentos del arte ruso).

—¡Que se lleve el diablo a la iglesia! — juró Iván.

—Ya ves — dijo Juroff, riendo — que no vale la pena ir a estudiar a Capri para hacernos discursos sobre el arte...

—Hoy — continuó Jenny — se ha firmado un armisticio. Los acontecimientos se prolongan.

La conversación rueda sobre Moscú. Todos manifiestan su disgusto por la marcha de los acontecimientos.

—Moscú siempre ha estado mal — dijo Utkin —. No pudo lanzarse al mismo tiempo a la batalla y ahora está pagando las consecuencias...

—No se puede juzgar la situación a seiscientos kilómetros de distancia.

—Tú siempre encuentras una excusa para todo. El fondo de la cuestión es que nuestra organización allá es muy débil...

La charla se prolonga hasta más de la media noche. La mayoría de los reunidos se quedan a dormir allí.

Udaroff y Utkin se tumban en un sofá, al lado del teléfono. Se hace el silencio. A través de la pared se siente el rumor de una charla, en la habitación vecina.

—Mañana — dice Udaroff — tú te quedarás solo aquí. Yo iré a Smolny a ver qué pasa.

—Pero pasa de camino donde Nadescha Constantinovna, y pregúntale cómo va la Cruz Roja y si necesita algo de Smolny.

—Bien.

* * *

En efecto, a la mañana siguiente, le es imposible a Udaroff librarse un solo minuto. Del frente viene la noticia que las tropas necesitan zapatos y ropas de abrigo. Es necesario requisionarlos en seguida. Es un trabajo absorbente y penoso.

De pronto llega la noticia que están saqueando una bodega y que las gentes están emborrachándose. Es necesario

Udaroff encuentra en el lugar del saqueo un completo desorden. Los saqueadores, completamente borrachos, se acercan a Udaroff, para estrecharle la mano.

—Yo estuve... Yo también..., al... Palacio de invierno — baltucea uno de ellos —, y moriré por la bandera...

—Estás perdido... — dice otro —. El Gobierno te mata...

Algunos de ellos, totalmente borrachos, se tumban en el suelo. Varios individuos se apoderan de las botellas, permanecen por todas partes. Dos de ellos se afanan llevar de botellas de vino un carro de mano.

—Dejadme paso — grita Udaroff.

La muchedumbre se aparta un minuto. Pero un instante después es más grande todavía. Comienza a lanzar toda suerte de amenazas contra Udaroff.

—Esto le preocupa mucho, ¿verdad? — le grita un—Márchate pronto si no quieres que te rompamos la cabeza de un botellazo.

Udaroff da orden de dispersar a la multitud. Al principio, los amotinados obedecen, pero en seguida se reagrupan y comienzan a resistir a los guardias rojos. Uno de ellos se apodera también de una botella. Udaroff se siente impotente.

—Vamos a tirar, amenaza a la gente.

—Dejadlo que diga lo que quiera — le responde—. Los niños atrás — ordena Udaroff —, que vayan a hacer fuego. Tú, Fedor, corre al Estado Mayor y que nos manden refuerzos. Diles, también, que nos manden un camión de los bomberos. Es necesario echarles un poco de agua.

Hacen una descarga al aire. Todos se resisten. Una segunda descarga y la muchedumbre se dispersa, gritando y maldiciendo. Los guardias rojos obligan a salir a los que se han refugiado en las cuevas y rodean el edificio en actitud de hacer fuego.

Fedor regresa.

—Lo único que tenemos que hacer es vigilar el suelo. De otro modo, no adelantaremos nada. Los muchachos — e Iván se puso a romper botellas

Todos siguieron su ejemplo. Abrieron las puertas del patio y allí continuaron la "batalla". El vino se extiende en grandes cantidades por la cueva; es necesario hacerle correr hacia el río.

—Sí, yo nunca pensé que la revolución nos llevaría a hacer un trabajo como éste — dijo Udaroff, limpiándose la frente.

—Yo hubiera preferido utilizar de otro modo un poco de este vino — contestó Fedor riendo.

—¡Eh!... ¿qué haces ahí, animal? —, dice de pronto Udaroff, a un guardia rojo.

—Yo..., yo quería probarlo...

—¡Yo sí que te voy a hacer probar otra cosa! Trae un poco aquí, ¡pronto!

Por fin llegaron al rincón más obscuro de la cueva. Allí había dos hombres tendidos. Los sacaron fuera. Estaban muertos.

* * *

En el Estado Mayor se han recibido malas noticias del frente. Wera Zlutzhaia ha muerto, Tschudnowsky está herido. Se están librando batallas muy duras... Ulkin está sombrío. Todos se sienten extenuados.

—Y por último, aquí se dedican al saqueo — dijo Iván —. Este es el momento crítico. Tú, Udaroff, vete a Smolny y regresa esta noche.

—Sí. Pero tú controla a nuestra gente, a ver si han dejado centinelas en las fábricas. Hoy es domingo y existe el peligro de que se nos dispersen todos.

—¡Ah, caramba! Se me había olvidado por completo... Voy a hacerlo corriendo.

* * *

En la calle todo está efervescente. Por el aire circulan ruidos raros. Ya no se ve ningún hombre bien vestido. La burguesía ha transformado su exterior al nivel de la plebe y ya nada les distingue de ésta.

—Yo me paso todo el día en la calle—oyó decir roff al pasar— Así tengo menos miedo. Todos mis vientes han abandonado la casa. Si entra alguien le a uno.

En las esquinas hay vendaderas reuniones pú Udaroff se para en una esquina a escuchar. Habla un dado:

—Todos están dispersos. El comandante está pre

Los soldados le llenan de preguntas.

—Y tú, querido, ¿qué vas a hacer? — pregunta pequeña dama, sencillamente vestida, pero empolvada y los labios pintados.

—Nosotros nos vamos a nuestras casas.

Pasa un auto muy cerca, lanzando hojas. La gente rre y se empuja para alcanzarlas.

—Otra docena de decretos — gruñe un señor con ojos.

Udaroff se acerca después a la perspectiva Neva donde los grupos de gente son más densos y donde cada encuentra más gente amiga.

—...Tiraban, los desgraciados. Creo que fué en terhof... — oyó Udaroff, de un fragmento de conver ción. Se puso de malhumor. Volvió por la calle Bass y se dirigió a Smolny.

—Nosotros les obligaremos a trabajar, aunque se funda un poco el vientre — declaró un obrero, cuando U roff pasaba ante ellos.

*

* *

Smolny parece un campamento. Es necesario hacer la mucho tiempo para obtener un salvoconducto. Los p llos están llenos de gentes. En el patio hay amonto toda clase de cosas. Constantemente traen prisioneros.

Udaroff se dirige a la habitación del Estado Mayor la Guardia roja. La habitación es inmensa y está llena fusiles, de ametralladoras, de bayonetas, cartuchos, todo amontonado. Hay todavía uniformes de las colegiala gunas corazas y cascos.

La gran sala del Comité [illegible] está

por una verdadera multitud. Unos, duermen; otros, leen; pero la mayor parte charlan y discuten.

—Son los hombres que establecen el contacto con los radios — explica Víctor —. Van y vienen y el contacto no se interrumpe jamás. ¿Has estado ya en el Comité revolucionario? Ven. Yo te enseñaré aquello.

El Comité revolucionario ocupa dos habitaciones en el segundo piso. La primera, en la cual entran, es inmensa. En el centro hay una barrera que ninguna persona debe pasar. Al fondo se ve la puerta de la otra habitación, donde está la Directiva.

En la primera sala hay, alrededor de veinte mesas, tras las cuales están sentados soldados y civiles, hombres y mujeres. Todos trabajan con fiebre en medio de un ruido de infierno. Las máquinas de escribir vibran incesantemente. El teléfono suena. Se habla y se discute.

—Esto está más limpio que nuestro local — observa Udaroff.

—Quisiera creerlo. Pero no tengo tiempo. Acaba a la sala de actos. En este momento va a realizarse una reunión.

Algunas personas salen corriendo de la otra habitación, y casi derriban a Udaroff.

—¡Kerensky, vencido!

Todo el mundo corre a la sala. Las puertas se entrechocan frenéticamente. Alguien grita: ¿Quién ha dicho eso? ¿Ha sido arrestado?

La sala de actos se llena en seguida. Nadie se sienta. Todo el mundo permanece en pie sobre las sillas, sobre las mesas, gritando y haciendo un ruido infernal.

—¡Silencio! ¡Silencio!

—Camaradas, hemos recibido un telegrama. El ejército de Kerensky se retira. Ya hemos ocupado Zarcoeselo. Ahora vamos a paso de ataque sobre Gatchina.

—¡Hurra, hurra! — grita desaforadamente todo el mundo a la vez.

Todos gritan. Udaroff también y lo mismo Víctor, que está cerca de él. La ovación se prolonga varios minutos. Al fin, se hace la calma.

El camarada cuenta cómo se ha realizado todo y cómo se han batido los marineros y los guardias rojos.

Guillermo Rach
R LA TEORIA
TALLAS POR

ol

—No marchan en formación regular, sino cada uno
a cuenta, sin miedo.
—Ruego a todo el mundo de permanecer aquí h
que recibamos nuevas noticias — dice el presidente.
—Está tranquilo. No se irá nadie.
—Corre al Comité de radio. No puedo resistir m
dor Ulianoff.

* * *

Ilia ve Ulianoff no presta ninguna atención a
ción. Echa a correr por el camino más corto, y cuan
lega al Estado Mayor cae en el centro de la más enor
ta y alegre animación.
—¿Lo sabéis ya?
—Sí, sí. Nos lo han telefoneado en seguida. Gol
ha sido tomada ya.
—¿Gatchina?
—Sí.
—¿Entonces es una victoria completa?
—Naturalmente — les responden al mismo tiempo K
kin y Jorcff.
—¿Cuánto tiempo resistirá todavía Moscú? — se p
gunta Utkin.

* * *

Pasan dos días hasta que los obreros regresen del fre
te. El Comité revolucionario se traslada a un nuevo local
Los días pasan como días de fiesta.
Pasa un destacamento. Todos le saludan llenos de ale
gría. Alguien grita de entre la multitud:
—¡Vania, eres un muchacho valiente!
—¡Mi querido! ¡Mi querido!
—Jegor, ven a casa que estarás seguramente muy b
lgado...
Pero el viejo no deja la fila. Continúa en ella. En
todas las fisonomías se lee la felicidad y la bravura. Un

rofi y Utkin miran desde una ventana. Sonríen. Sus ojos brillan.

—Esta es la revolución. Aquí están los comuneros. Con esta gente nosotros podemos conquistar el mundo.

—¿Por qué se han detenido?

Todo el mundo corre. A cada instante llegan nuevas noticias.

—Decended pronto — dice Utkin, y coge su fusil.

Víctor está a punto de gritar en la calle.

—¿Qué tontería vas a hacer? — dice Utkin descontento.

—Camaradas, acabamos de recibir un telegrama. En Moscú los Soviets han tomado el Poder.

—¡Hurra, hurra! — gritan las mujeres, los hombres y los niños —. ¡Hurra, hurra! — gritan los guardias rojos blandiendo sus fusiles.

Los transeúntes se detienen. Los vehículos lo mismo. No se oyen sino los gritos de entusiasmo de la multitud.

—¡Hurra!

—¡Viva la Revolución!

—¡Hurra!

Víctor no abandona la tribuna. Quiere decir algo, pero no le dan oportunidad. Acaba por aprovechar un momento de cualquier modo.

—Camaradas, hemos ganado la batalla. Hemos destrozado la fuerza de la burguesía. Las jornadas de Octubre han terminado. Nuestra revolución se ha librado de sus cadenas. Ahora parece una ola inmensa que invade el mundo entero.

Jenny, Juroff, Iván, avanzan. Pero Víctor continúa. Habla de los nuevos trabajos, de las dificultades, y la masa lo comprende todo.

Alguien de la multitud propone hacer una demostración.

Todos aprueban entusiastas.

—¡Cantemos, cantemos!

Y parten cantando. Nuevas masas se unen a su cortejo sin cesar. El canto se ensancha. Se han encontrado banderas. Cada vez se hace más poderoso el cortejo. De cada

casa, de cada fábrica salen gentes que se unen a la masa aumentan el coro...

El canto de victoria del proletariado resuena poderoso.

—¡Victoria, victoria!

—¡Qué bello es esto! ¡Qué fuerza! — dice a uno de sus vecinos —. ¿Quién no lo sentirá?

Todos lo sentían. Todos. Todas las voces se unieron en un inmenso himno de victoria. El proletariado, victorioso, reunirá todas sus fuerzas y dispersará a la burguesía.

—¡A la estación, a la estación!

Sí, allí abajo, donde Lenin nos llamó por primera vez a la lucha. ¡Allí abajo!...

FIN

INDICE

Nota preliminar 4

Prefacio 5

La tempestad en marcha 7

Antes de la insurrección 25

La insurrección 43

Victoria 63

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION COLONIAL

TALLERES GRAFICOS
Teatinos 734

PRECIO $ 2.-